Ímac Xiom
Sèllav Évilo

El regreso del Ángel

41 Retazos
de esperanza

2a parte del Ángel perplejo

Puesto que la edición de este libro es particular, bajo ningún concepto puede destinarse a la venta

Catalunya, 2018

Ímac Xiom (escritura)
Sèllav Évilo (diseño de la cubierta y maquetación)

El regreso del ángel

(41 Retazos de esperanza)

(2a parte de El ángel perplejo)

Í N D I C E

	Página
Introducción	**7**
La vida	**15**
El perdón	**27**
El agradecimiento	**39**
El voluntariado	**57**
Sueños	**69**
El heroísmo	**81**
La muerte	**99**
Epílogo	**105**

INTRODUCCIÓN

Al empezar este nuevo libro, continuación del inmediatamente anterior (*El ángel perplejo*), querría hacer dos consideraciones. La primera es de profunda inquietud, porque me temo que este planeta, si no rectificamos nuestro ritmo de vida, no tardará mucho en verse envuelto en una profunda crisis. Recientemente, más de quince mil científicos de 184 países han firmado un documento, publicado en el web de la revista *BioScience*, en el cual alertan que la humanidad está deteriorando la biosfera hasta el punto de poner en grave peligro su supervivencia. Ciertamente, la degeneración de la especie humana pienso que cada vez es más evidente. Creo que la paradoja de nuestro tiempo consiste en el hecho de que la tecnología nos ha aportado una prosperidad y unos avances hasta ahora insospechados (en según qué lugares, por supuesto), pero que, al mismo tiempo, está provocando una agresión desmesurada –con la consiguiente degradación– a todo signo de vida. A causa del cambio climático que ello origina, dentro de pocos años, en muchos lugares, apenas se podrá respirar y, según donde, la humanidad habrá desaparecido o sobrevivirá

en condiciones infrahumanas. Y quien no esté de acuerdo es que no sabe o no quiere observar lo que actualmente está ocurriendo en todo el mundo. No hay peor ciego que aquel que se niega a mirar porque, a pesar de la ingente cantidad de información de que se dispone hoy en día, hay muy poca reflexión; no se adoptan las medidas necesarias que habría que tomar para evitar el colapso total. Lamentablemente, no estamos hablando de otra cosa sino de un gran egoísmo, y de una falta absoluta de responsabilidad por parte de todos.

Algunos intelectuales soñadores aducen la posibilidad de colonizar otros planetas en un futuro no muy lejano, a fin de asegurar la supervivencia humana, pero, suponiendo que ello fuese posible, los conocimientos científicos para conseguirlo, actualmente, se hallan a años luz –nunca mejor dicho– de poderlo hacer realidad. Teniendo en cuenta que los planetas vecinos del sistema solar no son muy acogedores que digamos, habría que buscar uno de más alejado. Entre éstos, uno de los más cercanos a la Tierra –el *Proxima b*, por ejemplo, descubierto en 2016, situado en la órbita de la estrella *Proxima Centauri*– que se halla «tan solo» a poco más de cuatro años luz de nosotros, viajando en un cohete de los más rápidos que se dispone actualmente, como por ejemplo un Apolo, se tardaría más de cien mil años en

alcanzarlo. Probablemente, los hipotéticos astronautas terminarían bastante maltrechos al terminar el viaje. Por lo tanto, no estamos hablando de un sueño, sino más bien de una pesadilla.

La segunda consideración, quizás tras aceptar humildemente ser calificado de pesimista, es para poner de manifiesto mi sincero convencimiento de que no todo está perdido, ni mucho menos. En ningún caso Dios nos ha dejado huérfanos para que nos peleemos entre nosotros o nos autoaniquilemos. Parece ser que, a pesar de las enormes desigualdades que existen en este mundo, y que algunas de ellas incluso tienden a empeorar, aún es posible encontrar destellos de luz en medio de tanta oscuridad, suficientes para que la vida en la Tierra se perpetúe de manera aceptable.

Precisamente, las aportaciones escritas que ha recibido el ángel perplejo, en respuesta a la llamada con que terminó el libro anterior a este, son motivo para creer que todavía estamos a tiempo. Por dicho motivo deseo, ante todo, dejar constancia de su agradecimiento. Este libro ha sido elaborado por la buena voluntad de aquellas personas que han experimentado por sí mismas vivencias de aceptación, de servicio y de respeto hacia la gente de su entorno, así como los pensamientos que ello ha generado, y también de aquellas que han sido testigo

o han obtenido información de acciones positivas. Se suele afirmar que las buenas noticias no son noticia y que, por lo tanto, no acostumbran a aparecer en los medios de comunicación. Pues a mí me parece que, a pesar de que desgraciadamente es cierto que se propagan más los hechos negativos, precisamente por esta razón, una buena noticia no deja de serlo, y no es conveniente mantenerla escondida.

No ha sido posible transcribir todas las historias recibidas, por el parecido que existía entre muchas de ellas. En caso de haberlas hecho constar todas sin excepción, había el riesgo de ser repetitivos o, incluso de caer en el aburrimiento, por cuyo motivo se han unificado algunas. También se ha intentado establecer un mínimo orden, seguramente sin conseguirlo del todo, aunque esta particularidad no deja de añadir una cierta espontaneidad a los contenidos, los cuales ponen en evidencia la buena voluntad de sus remitentes y, probablemente, muchas personas se sentirán representadas en ellos. Cada historia tiene su propio mérito. Hay que decir, asimismo, que son de todo tipo: breves, extensas, sencillas, complejas, asombrosas algunas, otras realmente terribles; relatos de increíble superación o de generosidad sublime, que demuestran cómo es posible pasar de la perplejidad a la exaltación. Y llegar al convencimiento de que, en este mundo, poco

o mucho, todos hemos vivido o estamos viviendo experiencias dignas de agradecimiento, aunque, demasiado a menudo, no seamos suficientemente conscientes de ello. Todos los humanos de buena voluntad –y los cristianos especialmente– deberíamos ser capaces de transmitir este hecho a cuantas más personas mejor. Nosotros, como minúsculos destellos que somos de la infinita hoguera que es Dios, fuente de toda luz, en el transcurso de nuestro breve viaje a este mundo, unos más y otros menos, también podemos aportar una pequeña lucecita a nuestro entorno. Pero, ante todo, por descontado, es necesario descubrir la fuerza y la profundidad del propio espíritu, porque la esperanza hay que vivirla y experimentarla cada cual en su corazón; solo entonces puede convertirse en un instrumento de salvación comunitaria.

Muchas gracias a todos los que habéis contribuido en esta labor y también a todos los que, sin manifestarlo por escrito, de alguna manera, a buen seguro, también os sentiréis reflejados.

La vida

(Aportación anónima)

Cuando vino al mundo mi primer hijo comprendí muy bien las palabras atribuidas al escritor indio Rabindranath Tagore: *Cada niño, al nacer, nos trae el mensaje de que Dios aún no ha perdido la esperanza en el hombre*.

No fue un parto fácil. Hubo que practicar una cesárea porque el niño había hecho una voltereta dentro de la matriz, a consecuencia de la cual, la cabeza soportó una presión excesiva. Su cara estaba congestionada y mostraba una ligera deformación. Por lo tanto, era aconsejable mantenerlo veinticuatro horas en una incubadora para poderse normalizar. Esta explicación, a la madre, aun siendo extremadamente cuidadoso para no intranquilizarla, inevitablemente despertó una cierta inquietud.

Al día siguiente, a primera hora, al dirigirme a la sección de recién nacidos, confieso que, también yo, estaba algo intranquilo. ¿Qué aspecto tendría nuestro hijo al ponerlo por primera vez en los brazos de su madre? Tras facilitar el nombre a la responsable de la

sala, enseguida me trajeron una linda criatura envuelta en pañales.

–Perdone, pero creo que aquí hay un error.
–¿Y por qué lo cree, esto?
–Porque esta criatura no se parece en nada a mi hijo, nacido ayer.

La enfermera, con actitud escéptica, comprobó la pulsera identificativa del bebé y, en tono algo burlón, me respondió:

–Pues, no hay error posible, señor. Si no le gusta este crío, ya miraremos de cambiárselo.

A toda velocidad fui a la habitación donde estaba mi esposa para mostrarle nuestro hijo. Y sus ojos, el gozo que reflejaba su mirada, jamás los podré olvidar –también creo que su reacción habría sido la misma, tuviese la cara que tuviese la criatura que acogían sus brazos–. Por esto estoy convencido que en este mundo, mientras haya ternura, la estrella de la esperanza nunca se apagará.

♥ ♥ ♥

(Resumen de la información aparecida en diversos medios de comunicación)

Cuando Amelia Bannan, agente de la policía local de San Pedro, provincia de Misiones en Argentina, juntamente con su pareja –Cristian Espínola– y tres compañeras más, todas ellas policías, subieron al vehículo para ir juntos hacia Posadas, localidad situada a 300 Km de San Pedro y a 840 al norte de Buenos Aires, para asistir a un curso, tuvo un mal presentimiento. Aquel uno de noviembre de 2016 había amanecido nublado y gris; la visibilidad no era buena, pero sus acompañantes la tranquilizaron porque, objetivamente, no había ningún motivo para temer algún contratiempo. No obstante, Amelia estaba en lo cierto, y cuando faltaban unos 35 Km. para llegar a su destino, súbitamente, otro vehículo les golpeó con fuerza por detrás, haciéndoles volcar. Los cuatro acompañantes resultaron ilesos o con heridas leves, pero Amelia, a consecuencia del choque, sufrió una grave lesión cerebral que la dejó en estado de coma profundo. Una vida se desvanecía. O dos, porque Amelia estaba encinta de seis meses.

En la clínica Neuma de Posadas, en la capital de la provincia de Misiones (noreste), en donde Amelia fue ingresada, los médicos no comprendían el caso porque

tras intubarla, aplicarle respiración asistida y alimentarla con sonda, Amelia seguía sobreviviendo sin responder a ninguno de los estímulos con que su familia, día tras día, trataba de hacerla reaccionar. Pero lo más sorprendente era que, al mismo tiempo, el feto se iba desarrollando con relativa normalidad, hasta que el 24 de diciembre, vigilia de Navidad, aunque seguía inconsciente, Amelia empezó a tener las típicas contracciones que anunciaban el inminente nacimiento de la criatura, la cual, efectivamente, llegó al mundo mediante una cesárea de urgencia, teniendo en cuenta la circunstancia excepcional de la madre, pesando 1.890 gramos y en perfecto estado de salud. Después del parto permaneció unas semanas en la sección de nacidos prematuros de la clínica.

Los días transcurrían y el bebé –de nombre Santino– iba creciendo, pero Amelia seguía igual. Todos los intentos de aproximarle el hijo para tratar de que diese señales de vida eran inútiles. Hasta el 8 de abril de 2017, que, después de estar cinco meses en coma, y cuando menos lo esperaban, abrió los ojos y empezó a responder con monosílabos las preguntas de su hermano. A partir de aquel momento tomó en brazos y reconoció como propio a su hijo y, progresivamente, empezó a mover las extremidades, a respirar y a alimentarse normalmente, hasta que fue dada de alta y pudo salir de la clínica

andando por sí misma y hablando con relativa normalidad. Los médicos fueron prudentes y alertaron que hasta que no hubiera trascurrido un período de tiempo entre uno y dos años, no podía asegurarse la ausencia de secuelas irreversibles. Por el momento, Amelia, además de andar, también lee y reconoce a sus familiares; va recordando vivencias de su infancia, aunque no recuerda absolutamente nada del accidente. Habrá que aguardar, pues, cómo va evolucionando.

¿Qué se puede opinar ante semejante suceso? Pues a mí me parece que, aunque es cierto que la vida hay ocasiones en que se abre paso a codazos, en otros, como en el presente, lo hace llamando a la puerta con admirable coraje y esperanza.

♥ ♥ ♥

(Aportación anónima)

Me he enterado de un caso de superación personal, que me parece muy apropiado citar como ejemplo para creer en la esperanza, porque pone en evidencia lo que los humanos somos capaces de llevar a cabo, muchas veces pienso que incluso sin ser del todo conscientes.

El protagonista de este relato es un tal Mikael Andersson, el cual nació y creció en Örebro (Suecia) y, posteriormente, se instaló en Västra Frölunda, cerca de Göteborg.

Mikael llegó a este mundo con un grave defecto físico que tendría que soportar toda la vida. Su padre, en una entrevista que le hicieron, manifestó que le comunicaron la triste noticia por medio de una llamada telefónica desde el hospital donde tuvo lugar el parto, y que aquel fue uno de los peores momentos de su vida. Los mismos responsables del centro hospitalario era evidente que estaban muy alterados y que, tanto él como su esposa, tardaron un cierto tiempo en ir a ver a su hijo, tras haberse armado de valor. Era inevitable que los progenitores se preguntaran por qué suceden tales cosas. Los médicos solamente pudieron argumentar que solo ocurre un caso entre un millón y que «le toca a quien le toca». Mikael pudo ir a su casa al cabo de un año de estar internado en un hospital infantil, gracias a que su familia lo acogió. En casos parecidos, el afectado suele pasar el resto de su vida en una residencia adaptada. Desde entonces, Mikael ha ido creciendo en todos los sentidos, excepto en el físico, teniendo en cuenta sus carencias. Ha contraído matrimonio y tiene un hijo y una hija. Su esposa dice que no acostumbra a participar mucho en las tareas del hogar, aunque, a veces, utiliza el

aspirador, pero que es un experto en la administración económica familiar y en la tramitación de todo tipo de documentos. Es asiduo asistente al gimnasio y practica deportes a su manera. Él mismo considera su discapacidad hasta cierto punto relativa, ya que opina que está en función de su entorno, porque si éste no le es favorable, entonces sí que reconoce sus graves limitaciones, pero puntualiza que esto no le preocupa en demasía y que «trata de vivir su vida»; es tozudo y decidido: cuando precisa hacer algo en particular, si se considera capaz de hacerlo, sencillamente, lo hace. Y lo afirma con una sonrisa absolutamente sincera.

Mikael tiene una asistenta fiel que lo ayuda en todo lo que él necesita, especialmente cuando van de viaje (sobre todo en avión), para dar conferencias de carácter educativo a diversos colectivos, en las cuales anima a los oyentes a descubrir sus propios –y, a menudo, escondidos– recursos para conseguir objetivos que, a veces, pueden creer que no están capacitados para llevar a cabo. Creo que Mikael es realmente un ejemplo de superación que mueve a la esperanza. Por cierto, se me olvidaba decir que la discapacidad de Mikael consiste en haber nacido sin brazos ni piernas. «Un caso entre un millón».

♥ ♥ ♥

(Aportación anónima inspirada en la carta de un lector al director de un periódico)

R. P. relata en una emotiva carta la experiencia de vida y de muerte que ha vivido a raíz del reciente fallecimiento de su madre. En uno de los últimos desplazamientos al hospital, para seguir el tratamiento de la grave enfermedad que sufría su madre, mientras conducía, observó una oveja que yacía sobre la hierba de un campo cercano a la carretera. El hecho de que estuviese sola y en actitud de reposo le llamó la atención y así se lo hizo notar a su madre, la cual le respondió que probablemente aquel animal había parido recientemente.

Aquella observación, aparentemente sin importancia, la fue recordando a medida que el curso de la enfermedad hacía presentir el inevitable y cercano desenlace fatal. He aquí el pensamiento contrapuesto entre una nueva vida y la muerte que el autor de la carta manifiesta con emoción y lágrimas que, literalmente, le inundaron los ojos, al recordar que su madre era una «de aquellas personas que siembran primaveras allí donde van y un ejemplo de dignidad y entrega incondicional a los demás», mostrando que la vida es un regalo que no deja nunca de crecer, y que hay que gozarlo incluso en los detalles más insignificantes, sin olvidar que si nos la

otorga Dios, no deja de ser a través de nuestros padres. Honrémoslos, pues, a ellos, y agradezcamos este don extraordinario que hemos recibido del Señor.

♥ ♥ ♥

(Aportación anónima)

Teniendo en cuenta que en el libro de Ímac Xiom i Sèllav Évilo *El ángel perplejo* se pide que «quien haya vivido personalmente, haya sido testigo, o conozca algún hecho positivo» lo dé a conocer para elaborar una recopilación de «retazos de esperanza», para publicar en un nuevo libro, al terminar de leer la narración de Anne-Dauphine Julliand respecto a la experiencia vivida tan dolorosa y, al mismo tiempo, tan llena de esperanza, creí que valía la pena darla a conocer.

La protagonista es una escritora francesa que en su libro *Llenaré tus días de vida* narra la pesadilla de haber sufrido la pérdida de dos hijas –una, la Thaïs, a los escasos cuatro años de vida y otra, la Azylis, a los once– las dos a consecuencia de una dolencia genética actualmente sin posibilidades de curación. Anne-Dauphine tiene otros dos hijos, el más joven de los cuales –Gaspar– tenía dos años cuando nació Thaïs. Y,

posteriormente, llegó al mundo Arturo. Ninguno de los dos con problemas de salud.

Al terminar de conocer los detalles de esta vivencia dramática, dudé en considerar la contemplación de la muerte como una luz de esperanza, o más bien como una lección de vida. Posteriormente he creído que es ambas cosas, porque la madre aprendió a sobrevivir al proceso de los dos fallecimientos, aceptando el presente, día a día, como un regalo, con serenidad y sin amargura, a pesar de la pérdida gradual de todas las facultades cognitivas de las dos hijas, las cuales no abandonaron en ningún momento la alegría de vivir.

También me sorprendió, y mucho, el razonamiento del hijo mayor, Gaspar, con sus escasos seis años, cuando, coincidiendo con el segundo aniversario de Thaïs, supo por sus padres la triste perspectiva a corto plazo de su hermana y, consiguientemente, la posible inconveniencia de llevar a cabo una celebración. Tras llorar y enjuagarse las lágrimas, exclamó: «Pero ahora Thaïs está viva, es su aniversario y se merece una fiesta». Realmente, un canto a la vida que animó a la madre a aceptar aquello que, sin creer que tiene un sentido, sería totalmente insoportable. Y el sentido del sufrimiento de Anne-Dauphine fue poder volcar todo su

amor para hacer feliz hasta el último instante la vida de sus dos hijas.

♥ ♥ ♥

(Aportación anónima)

Santo Tomás More (1478-1535) fue decapitado el 6 de julio de 1535 por no estar de acuerdo con el rey Enrique VIII, al negarse a prestar juramento antipapista y declararse a favor de la Iglesia anglicana, así como por oponerse al divorcio con la reina Catalina de Aragón. Los historiadores lo han calificado de forma muy diferente los unos de los otros, pero lo que parece innegable es que mantuvo un sorprendente sentido del humor hasta los últimos instantes de su vida.

El papa Francisco, en el apartado 126 de la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, recomienda rezar la plegaria atribuida a este santo, realmente un canto a la vida:

Concédeme, Señor, una buena digestión,
y también algo que digerir.
Concédeme la salud del cuerpo,
con el buen humor necesario para mantenerla.

Dame, Señor, un alma santa
que sepa aprovechar lo que es bueno y puro,
para que no se asuste ante el pecado,
sino que encuentre el modo de poner las cosas
de nuevo en orden.
Concédeme un alma que no conozca el aburrimiento,
las murmuraciones, los suspiros y los lamentos
y no permitas que sufra excesivamente
por ese ser tan dominante que se llama: YO.
Dame, Señor, el sentido del humor.
Concédeme la gracia de comprender las bromas,
para que conozca en la vida un poco de alegría
y pueda comunicársela a los demás.
Así sea.

♥ ♥ ♥

El perdón

(Aportación anónima)

El año 2015 Oskar Gröning, de noventa y tres años, antiguo oficial de las Waffen-SS fue juzgado y condenado a cuatro años de prisión en Lüneburg (Alemania), acusado de complicidad en el exterminio de judíos por los nazis en el campo de Auschwitz-Birkenau, en la Polonia ocupada el verano de 1944, en donde, como mínimo, 300.000 judíos procedentes mayoritariamente de Hungría fueron liquidados en las cámaras de gas.

Según reconoció el conocido como «el contable de Auschwitz» durante el juicio, su participación fue meramente administrativa y en ningún caso de acción directa, teniendo en cuenta que su misión se limitaba a retirar e inventariar las pertinencias que los deportados entregaban al llegar al campo para, a continuación, enviarlas a la central de las SS en Berlín. Su defensa se basó en el hecho de que nunca había intervenido en ningún acto violento como, por ejemplo, cuando en cierta ocasión presenció como un miembro de las SS estrellaba la cabeza de un bebé contra el suelo porque le molestaba su llanto. Oskar admitió que, en semejantes situaciones, él se limitaba a mirar hacia otro lado y que,

por consiguiente, solo se consideraba culpable de «una falta moral», aunque, no obstante, pidió perdón a las víctimas y a sus familias.

Eva Kor, judía de origen rumano, de ochenta y un años, fue recluida juntamente con sus padres y tres hermanas en Auschwitz en 1944 y, por lo tanto, coincidió con Oskar Gröning. Cabe destacar que Eva, por el hecho de ser gemela de una de sus hermanas, sufrió en aquel campo los macabros experimentos que llevaba a cabo el siniestro doctor Mengele. Toda su familia fue asesinada y solamente ella y su hermana gemela Miriam sobrevivieron.

Ahora Eva estaba presente en el juicio donde se juzgaba al contable del lugar en que, tanto ella como su hermana, fueron torturadas como vulgares conejillos de indias hasta lo indecible.

Durante una pausa del juicio, el juez permitió que Eva se encontrase privadamente con Oskar. Cuando éste la tuvo ante sí y, al identificarse, esperaba escuchar el peor reproche de su vida, ella –sin eximir a Oskar de la responsabilidad que tenía de reconocer y condenar totalmente cualquier ideología basada en el odio y el sufrimiento ajeno– lo abrazó en un gesto inequívoco de perdón y profundo deseo de reconciliación. Oskar,

visiblemente emocionado, sin pronunciar palabra, tomó la mano de Eva y la besó.

El 9 de marzo de 2018, Oskar Gröning murió en un hospital de Hannover, a consecuencia de un accidente: sufrió una caída, dándose un golpe en la cabeza contra un radiador. Tenía noventa y seis años y estaba esperando la sentencia de la apelación que había tramitado. Nunca llegó a pisar la prisión.

♥ ♥ ♥

(Aportación anónima)

Alrededor de mil víctimas mortales, así como innumerables heridos con secuelas físicas y psíquicas de todo tipo. Este ha sido el triste resultado de los atentados de ETA en todo el Estado. Tanta sangre vertida para nada. O, mejor dicho, para llenar un mar de lágrimas.

Qué difícil debe ser perdonar a quién te ha separado para siempre, sin más ni más, con una violencia terrible, de un ser amado: la pareja, un hijo, la madre o el padre, un hermano o un amigo, escogido al azar o con premeditación por el hecho de vestir un uniforme determinado o por trabajar en un colectivo concreto. Es

comprensible que alguien haya podido desear íntimamente, en medio de tanta tristeza, un castigo ejemplar para los responsables de crímenes tan execrables. Pero sería injusto olvidar que, al menos públicamente, ningún familiar de las víctimas ha manifestado nunca –que se sepa– deseos de venganza, sino más bien todo lo contrario: ha sabido rechazar la amargura que le oprimía el corazón y abrirlo para mostrar su perdón. Incluso ha habido algún testigo –madre de un hijo asesinado– que se ha compadecido de la mujer que trajo a este mundo un asesino, comprendiendo la angustia que ello debe representar.

♥ ♥ ♥

(Aportación anónima)

Ya sé que es muy conocida la historia de Phan Thi Kim Phúc, la niña vietnamita quemada con napalm, cuya foto conmocionó el mundo en 1972, pero pienso que, de todos modos, merece ser recordada como un ejemplo de perdón y reconciliación. Por lo tanto, si nos trasladamos mentalmente al 8 de junio, cuarenta y seis años atrás, y nos situamos en un pequeño pueblo de Vietnam del Sur, en la zona de Trang Bang, cerca de la frontera con Camboya, nos podemos asustar viendo un grupo de

gente aterrorizada, huyendo del ataque de un avión survietnamita y, en primera línea, una niña descalza y desnuda, llorando y envuelta en llamas, que corre desesperada para salvar su vida. La foto de aquella escena dantesca apareció en todos los diarios importantes de la época, dando la vuelta al mundo e, incluso, su autor, Nick Ut, un reportero gráfico de la Agencia Associated Press, ganó el premio Pulitzer.

Kim Phúc sufrió quemaduras en un 65% del cuerpo y, tras estar hospitalizada más de un año para recibir un tratamiento a base de implantes de piel –diecisiete–, pudo regresar a su casa, pero ya nada volvió a ser como antes. El sufrimiento causado por las heridas persistía y, diez años más tarde, un periodista alemán se interesó por el caso, y la acompañó a Bonn para intentar paliar su dolor en un centro hospitalario especializado en aquel tipo de lesiones. Nunca volverá a estar completamente restablecida, pero Kim pudo rehacer su vida. El gobierno de Vietnam la envió a Cuba para que estudiase medicina en la universidad de La Habana y allí conoció a quien, posteriormente, sería su marido –Bui Huy Toan–, un paisano, también estudiante, con el cual se casó y tuvo dos hijos. En su viaje de luna de miel fueron a Moscú y, ya de regreso, en una escala técnica que hizo el avión en Ontario, Canadá, solicitaron asilo político, el cual, afortunadamente para ellos, les fue concedido.

A partir de entonces, la Kim, después de obtener el título de odontóloga, se ha dedicado principalmente a luchar por la paz. Desde 1997 es embajadora de buena voluntad de la UNESCO y, el mismo año, creó la Fundación Internacional Kim Phúc, que trabaja para ayudar a los niños víctimas de la guerra y la violencia de todo género, proporcionándoles asistencia médica, física y psicológica, lo cual compagina con la celebración de conferencias en las cuales relata su experiencia, como la que llevó a cabo en 1996, en Washington, en un memorial en honor de los veteranos de Vietnam, al cual también asistió John Plummer, el oficial que dio la orden de lanzar las bombas de napalm sobre su pueblo. Aquel hombre, a su vez, también cumplía órdenes, pero la visión de aquella fotografía lo había perseguido a lo largo de los años, causándole una profunda depresión.

Kim fue a su encuentro para ofrecerle su perdón y su ayuda incondicional. Quizás no haga falta añadir ninguna palabra más…

♥ ♥ ♥

(De la carta de un lector dirigida al director de un diario)

Recientemente se han cumplido los dos años de la muerte en accidente de tráfico de mi hijo P. juntamente

con otras dos personas, los tres pasajeros de un vehículo utilitario. Ninguno de ellos tuvo la culpa del siniestro, la causa evidente del cual fue la negligencia ajena.

Conmovido, leo el testimonio de otros padres en parecidas circunstancias, así como la pregunta inevitable que se plantea: «¿Cabe en estos casos el perdón?» P. tenía veintisiete años. Su muerte súbita y trágica sumergió en el dolor a toda la familia y amistades. Pero también pude observar cómo el dolor atrapó a los sobrevivientes y a sus familias, además del sentimiento de culpa que invadió a los implicados.

Durante este tiempo he ido elaborando un proceso. A partir del primer momento en que la perplejidad, la rabia y la frustración llenaban mi estado de ánimo, fui pasando a tener una mirada más amplia. Si en un caso concreto la conducta de una persona se demuestra delictiva, hay que sancionarla de acuerdo con el marco legal. Pero, del mismo modo, esta persona merece siempre la oportunidad de volver a empezar, por grave que haya sido su proceder.

P. no volverá. Pero justamente la clave para que mi ánimo se recupere, se serene y salga del infierno del resentimiento y de la tristeza es poder perdonar. Desearlo racionalmente nacía de mi voluntad; pero

llevarlo a cabo surgió un día, súbitamente, de un estado de clarividencia interior. El perdón ha sido, para mí, una necesidad vital.

Perdonar me ha permitido abrazar sinceramente el conductor del coche causante y, con lágrimas en los ojos, decirle: «Me alegro que estés vivo. A ti la vida te da otra oportunidad. ¡Aprovéchala! Me tienes a tu lado para lo que necesites».

J. P.

♥ ♥ ♥

(Aportación anónima)

En el momento de escribir estas líneas (en plena Semana Santa) acuden a mi pensamiento los hechos que narran los evangelistas, y no puedo evitar que, una vez más, Lucas me cautive cuando describe la detención, «juicio» y crucifixión de Jesús y cuando, desde la cruz, ruega al Padre que perdone a sus verdugos: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen* (Lc 23,34).

Cuando pienso lo difícil que es para los humanos perdonar según qué ofensas, verdaderas o imaginarias

–y, ciertamente, yo no soy una excepción–, me reconozco «muy poquita cosa». Al menos, también yo espero ser perdonado.

♥ ♥ ♥

(Aportación anónima)

He tenido ocasión de visualizar la filmación del proceso de un asesino en serie norteamericano y reconozco que me ha impresionado. No querría que mi narración hiriese los sentimientos de nadie, y por esta razón creo conveniente prevenir al lector. Trataré de no entrar en detalles morbosos, por otra parte innecesarios, para acceder al fondo del relato y captar su sentido.

Se trata de la sesión previa a un posible juicio que tuvo lugar el 18 de diciembre de 2013 en Seattle (Estados Unidos) para juzgar a Gary Ridway, «el asesino de Green River», así llamado porque este fue el lugar en el cual empezó a actuar. Fue condenado a 48 cadenas perpetuas, sin posibilidad de libertad condicional (una por cada crimen reconocido, si bien parece ser que, en realidad, fueron 71 entre 1982 y 1998), como resultado del trato acordado entre la fiscalía y su defensa, a cambio de declararse culpable de todos los crímenes de

los cuales se le acusaba, así como de cooperar en la localización de los restos de diversas víctimas, la mayoría mujeres jóvenes, menores de veinte años –algunas de quince o dieciséis–, con lo cual evitó el juicio y, posiblemente, ser sentenciado a la pena capital.

Gary Ridwey fue detenido el mes de noviembre de 2001, y el 5 de noviembre de 2003 para él no fue aparentemente muy difícil declararse culpable, viendo la sangre fría, propia de un psicópata, con que respondía a cada pregunta del fiscal:

–Señor Ridway, ¿cómo se declara en el cargo de homicidio agravado en primer grado, como cargo número uno por la muerte de Wendy Lee Coffield?

–Culpable.

–¿Cómo se declara en el cargo de homicidio agravado en primer grado, como cargo número dos?

–Culpable.

Y así 46 preguntas más siempre con la misma respuesta. Cabe destacar que la actitud del acusado llamaba poderosamente la atención, porque en ningún momento se pudo apreciar ni la más mínima señal de

arrepentimiento. Había estrangulado un sinnúmero de personas con sus propias manos y no recordaba quienes eran, cómo eran, cómo las había conocido…, nada. Los familiares de las víctimas no daban crédito a lo que estaban presenciando y, no obstante, tenían a aquel hombre ante su presencia, con una actitud de frialdad, en ciertos momentos incluso desafiante, que helaba la sangre.

A continuación, algunos de los estupefactos asistentes fueron autorizados a hacer uso de la palabra, lo cual desencadenó una explosión de ira y exasperación al no poder reprimir el odio hasta entonces contenido. La expresión del rostro de los que hablaban era realmente terrible:

–Usted ha dicho que su memoria se había esfumado respecto a las mujeres que asesinó. Pero la nuestra, no. Usted ha dicho que ellas no significaban nada para usted, pero para nosotros lo significaban todo. Eran madres, esposas, hermanas. Y las echamos de menos.

–Usted es un animal. Espero que tenga una muerte cruel y una agonía larga. Irá al infierno, que es el lugar donde le corresponde ir.

De forma parecida, sucesivamente, lo fueron insultando y lo maldijeron hasta que le llegó el turno de hablar a Robert Rule, padre de una de sus víctimas –Linda Jane Rule–, una chica de dieciséis años desaparecida el 26 de septiembre de 1982 y hallada muerta, estrangulada, el 31 de enero de 1983.

–Señor Ridway: aquí hay personas que lo odian. Yo no soy una de ellas, a pesar de que usted ha hecho realmente difícil que yo viva de acuerdo con lo que creo, es decir, aquello que Dios nos dice que hagamos: perdonar. Está perdonado, señor Ridway.

La apariencia inmutable del acusado, exenta hasta entonces de cualquier tipo de emoción, se vino abajo como un castillo de naipes al oír las palabras de aquel padre compasivo, echándose a llorar. Sus lágrimas y la declaración que hizo posteriormente («Lamento haber asesinado a todas aquellas señoras. Siento haber atemorizado a todo el vecindario. Sé lo horribles que han sido mis actos. Durante mucho tiempo intenté no matar a más señoras...»), fueron las únicas señales de arrepentimiento de Gary Ridway, ante el gesto de extrema generosidad de Robert Rule.

♥ ♥ ♥

El agradecimiento

(Aportación anónima)

El refuerzo escolar que organiza Cáritas para ayudar a los niños y niñas, especialmente hijos de inmigrantes con problemas de aprendizaje, tiene como objetivo facilitar su integración en la sociedad en que viven y permitir que, en un futuro, sean ciudadanos responsables, capaces de convivir y relacionarse con su entorno en todos los aspectos.

Este servicio se lleva a cabo mediante personal docente voluntario, el cual, en equipo, dedica a esta tarea un tiempo y un esfuerzo de acuerdo con sus posibilidades. Quien suscribe este relato forma parte de uno de dichos grupos y, como el resto de integrantes, nuestra única aspiración es colaborar para que estos niños, el día de mañana, sean personas de provecho. Y si en alguna ocasión se acuerdan de nosotros con gratitud, muy probablemente no lo sabremos, si bien no es, en modo alguno, lo que pretendemos. Nos conformamos con haber sido un poco útiles.

Pero hay veces en que la vida depara sorpresas agradables, como, por ejemplo, la que hemos vivido al pedir a los niños que hiciesen un sencillo ejercicio de

redacción libre e improvisada. He aquí algunos de los escritos que nos han entregado:

M. B., ocho años:

«A mí me gusta venir al repaso porque me ayudan a hacer los deberes que nosotros no sabemos hacer y es muy divertido venir al repaso».

M. A., ocho años:

«Me gusta porque nos ayudan a hacer los deberes y también a ir de excursión y jugar a "quién es quién"».

(S. A., doce años):

«Me gusta venir porque aprovecho el tiempo para hacer los deberes, mejoro mucho y vengo con muchas ganas, y si no entiendo algo, aquí, al refuerzo, me lo explican y me gusta mucho venir».

(A. H., nueve años):

«Cáritas me ayuda a aprender».

♥ ♥ ♥

(Aportación anónima)

Estoy de acuerdo en que es positivo dar a conocer experiencias de agradecimiento, grandes o pequeñas, y es por ello que aprovecho la oportunidad que se me ofrece para expresar lo que, hace años, viví personalmente en este sentido.

Es vox populi la mala fama que tienen las suegras, especialmente en sus relaciones con los yernos y nueras. No ha sido por casualidad que, a lo largo de la historia se han elaborado anécdotas, reales o ficticias, en las cuales se describe la difícil convivencia que puede haber entre dichos familiares. Lo comprendo perfectamente porque yo mismo he experimentado en propia persona tal circunstancia, cuando fui a vivir a casa de mi esposa, cuando contrajimos matrimonio, bajo el mismo techo que su madre, viuda y de edad ya avanzada.

Todo hacía suponer que la convivencia podía tener lugar sin problema alguno, por poco respeto y comprensión que hubiese por ambas partes. Pero puedo decir, sin ambages, que ya desde el primer día, la suegra –con su actitud y su mirada inquisitorial– quiso dejar muy claro quién imponía las normas allí y el terreno de cada cual. Y el mío, de terreno, era más bien resbaladizo, porque ¡ay si no se mantenía dentro de los límites

establecidos! La solución, por lo tanto, para ir aguantando la situación –no podía ser de otra manera– consistía en mantener las distancias, lo cual equivalía a estar siempre a la defensiva, con absoluto respeto, pero, lamentablemente, con falta recíproca de afecto. Y no era que aquella mujer fuese una mala persona, ni muchísimo menos, sino más bien todo lo contrario. Pero un carácter autoritario no acostumbra a despertar simpatía, ni puede modificarse, así como así, el modo de hacer de las personas.

Mientras tanto, el tiempo transcurría: yo me jubilé y ello significó permanecer más tiempo en casa. Y la suegra, al ir envejeciendo tenía la salud más precaria y, consiguientemente, necesitaba más atención y ayuda, las cuales, por mi parte, en ningún momento le faltaron. Noche tras noche, una vez ya en cama, y después de la correspondiente inyección de heparina para prevenir complicaciones circulatorias, un buen día –o mejor dicho, una buena noche– al acercarme a su oído (era sorda) para desearle con cortesía un buen descanso, con gran sorpresa por mi parte, cogió suavemente entre sus manos mi cabeza, acercándosela a sus labios y, sin musitar palabra, me dio un beso en la frente.

A partir de entonces, y hasta el final, los muros que nos separaban se vinieron abajo: dejé de ser yerno para

convertirme en hijo. Y solo puede reconocer un hijo su madre o su padre. ¡Qué fuerza transformadora entre dos personas puede llegar a tener un gesto aparentemente tan insignificante como es el beso de una anciana! También estoy agradecido por haber descubierto que los sentimientos más profundos solo se pueden expresar por medio del silencio.

♥ ♥ ♥

(Aportación anónima)

Teniendo en cuenta que siempre me ha parecido que la cantidad de santas y santos anónimos que han existido y siguen viviendo entre nosotros, merecen ser reconocidos de alguna manera, aprovecho esta ocasión para dar a conocer una santa absolutamente desconocida: santa Ignota.

Esta santa no figura en ningún santoral y, como muchas otras mujeres del pasado y del presente, vivió discretamente, sin llamar la atención de nadie. Quizás sufrió hambre, marginación y abusos de todo tipo. Tal vez fue una madre soltera que tuvo que luchar contra la pobreza, con sacrificio y dedicación, para mantener a sus hijos y procurarles la educación a la cual ella nunca pudo

acceder. Probablemente sacrificó su juventud cuidando a sus padres ancianos. Me imagino que ya vieja y falta de recursos y compañía, terminó ingresada en una residencia hasta el fin de sus días. Realmente se trata de una historia triste. Y, a pesar de todo, no creo que muriese amargada, sino, tras haber estado en este mundo amando, agradecida por haber vivido, y a buen seguro habiendo caído repetidas veces –como todos nosotros–, pero, con la ayuda de Dios, cada vez volviéndose a levantar.

Desconozco si a santa Ignota la Congregación para las causas de los santos le abrirá un proceso de canonización, porque ignoro si era creyente o no o si fue o no bautizada. En cuanto a los dos milagros que la Iglesia católica pide para el reconocimiento de toda santidad, me pregunto si no puede considerarse casi milagroso llegar a cada fin de mes con los escasos ingresos que debía de disponer santa Ignota, procedentes de trabajar limpiando escaleras o vaya usted a saber con qué tipo de labores mal pagadas. Pero lo que sí que creo es que Dios la habrá acogido con los brazos abiertos, enjuagándole todas las lágrimas vertidas.

Santa Ignota es, evidentemente, una santa imaginaria que puede simbolizar a todas las personas que solo Dios decidirá si han merecido o no este nombre.

(Aportación anónima)

Si entendemos el agradecimiento como una muestra de gratitud expresada por alguien que ha recibido un favor, será conveniente distinguir la importancia del favor. Recordemos, por ejemplo, el relato bíblico (Lc 17,12-19), en el cual se nos narra la curación de unos leprosos que Jesús llevó a cabo, yendo hacia Jerusalén, entre Samaría y Galilea, cuando: *Al llegar a cierta aldea, le salieron al encuentro diez leprosos que, desde lejos, comenzaron a gritar:*

–¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!

Jesús, al verlos, les dijo:

–Id a presentaros a los sacerdotes [la impureza, de acuerdo con la cultura judía, tenía entre otras causas ciertas enfermedades cutáneas relacionadas con la lepra, y solamente los sacerdotes podían declarar si una persona era pura o impura].

Y sucedió que, mientras iban a presentarse, quedaron limpios de su lepra. Uno de ellos, al verse curado, regresó alabando a Dios a grandes voces. Y, postrado rostro en tierra a los pies de Jesús, le daba las gracias. Se trataba de un samaritano. Jesús preguntó entonces:

–¿No fueron diez los que quedaron limpios? Pues ¿dónde están los otros nueve? ¿Solo este extranjero ha vuelto para alabar a Dios? [los samaritanos, por los judíos, eran considerados extranjeros]

Y le dijo:

–Levántate y vete. Tu fe te ha salvado.

El recuerdo de este fragmento del Nuevo Testamento trae a colación que, al lado de un milagro tan maravilloso, no deberían ignorarse pequeños milagros que pueden presenciarse cada día, de los cuales no nos percatamos y que, por lo tanto, no agradecemos suficientemente, sin darnos cuenta que, incluso una leve sonrisa ya puede ser una muestra de agradecimiento. Por ejemplo –y aunque pueda parecer improcedente la comparación– hace ya algunos años me enteré de un pequeño milagro que, además de no tener poca importancia para su protagonista, creo que tenía una cierta gracia.

Fue la ingeniosa forma con que un periodista en paro consiguió trabajo. Harto de ofrecer infructuosamente sus servicios a multitud de empresas, tuvo la ocurrencia de ponerse a cantar su currículum dentro de un vagón del metro de Barcelona, hasta que una cadena de televisión

lo invitó a actuar en su plató y, posteriormente, los responsables del programa lo incorporaron a su equipo de guionistas.

El protagonista de esta historia real, movido por su agradecimiento a las personas que se interesaron por su situación y lo contrataron, colgó en su página web un vídeo con esta canción:

Licenciado en periodismo
y un diploma de posgrado,
por fin me han apadrinado
en una televisión.
Toda la vida estudiando
y creo que todo esto es
por haber cantado una canción.

♥ ♥ ♥

(Posibles *semillas de amor*)

Querido Ángel perplejo:

Me han gustado las observaciones que has hecho de este mundo y deseo ayudarte a conseguir los destellos de luz que comentas en tu libro. Mis experiencias son más

bien discretas, pero puedo asegurarte que las he vivido con mucha intensidad.

Soy un maestro jubilado y, ahora que contemplo mi profesión en perspectiva, he de confesarte que no habría podido escoger otra de mejor. La de maestro, ha sido una ocupación que me ha enseñado muchas cosas, y de la cual nunca estaré suficientemente agradecido.

Aquellos que me conocen saben que siempre he sido algo dubitativo y, por consiguiente, a lo largo de mi carrera, he tenido que vencer distintas dificultades para decidirme a llevar a cabo lo que creía que había que hacer. De todas formas, también soy perseverante, de manera que, cuando he estado convencido de que una idea funcionaría, he hecho todo lo posible para llevarla a término.

Actuar como maestro, y cumplir con lo debido a cada momento, ya lo considero un trabajo más que correcto. Pero puede decirse que esto, a mí, no me satisfacía suficientemente. He acostumbrado a «complicarme la vida», con actividades que no eran de obligado cumplimiento, pero que he considerado necesarias para la educación de niños y niñas.

Me ha correspondido vivir unos años en que, políticamente, en este país salíamos de una gran oscuridad. La lengua catalana ha sido muy maltratada y, consecuentemente, nuestra cultura. Cuando empecé mi vida profesional, observé que mis alumnos conocían un número escaso de historias y cuentos de nuestra tierra. Por lo tanto, inmediatamente comprendí que era necesario remediarlo. Ante todo establecí un día semanal para "la hora del cuento", y durante los años que he ejercido como maestro, desconozco los que habré llegado a contar, pero me consta lo ansiosa que la chiquillería esperaba aquel día de la semana.

Hacia el segundo o tercer año de dedicarme a la enseñanza, se me ocurrió que en la escuela podíamos llevar a cabo una incursión en el mundo teatral. Tras "jugar" a hacer teatro con los alumnos de mi clase, con la ayuda de mis colegas, empezamos a realizar versiones bastante libres de *Els pastorets*. A pesar del enorme trabajo que ello supuso, nunca había visto disfrutar tanto a mis alumnos como en dichas pequeñas obras. Algunos niños y niñas incluso deseaban cursar el quinto de Primaria, porque sabían que era el año en que se representaban *Els pastorets*. Ni que decir tiene que los padres también lo vivían con gran emoción. En los últimos años, en alguna de estas obras, llegaron a participar casi un centenar de alumnos. ¡Una auténtica

locura! Se trataba de niños y niñas de 5º y 6º de Primaria. Algunos alumnos de quinto eran los protagonistas principales, y el resto participaba en diversos bailes populares catalanes (*balls de bastons, de cascavells, de cintes…)* Otros intervenían en coreografías de bailes de demonios, e incluso tuvimos que inventar bailes de ángeles para poder aceptar más participantes. Sin apenas darme cuenta, observé que todos encontraban su sitio en estas representaciones tan singulares de *Els pastorets*. Siempre había un lugar apropiado para los más audaces y otro para los más tímidos. Fueron unos años en los que, a pesar del cansancio consecuente, confieso que disfruté como un chiquillo.

Durante la festividad de san Jorge también promoví escenificaciones de la leyenda del patrón de Catalunya. A fin de hacerlo con cierta gracia fabriqué (a lo largo de los años) un dragón y un caballo de san Jorge, que ha motivado que muchos *Jordis* –y también *Jordines*– se sintiesen, por un día, auténticos caballeros que defendían el bien ante los imponentes dragones y que terminaban recogiendo una rosa para la bella princesa. Realmente, fueron jornadas importantes para muchos alumnos que recordarán y que, deseo, podrán contar a sus hijos.

Estas y otras dinámicas parecidas motivaron que, en el centro en que trabajaba, adquiriese una cierta fama de «comediante», lo cual me ha proporcionado innumerables satisfacciones. Obviamente, no pude evitar algunos quebraderos de cabeza, pero creo sinceramente que el esfuerzo ha merecido la pena.

J. S.

♥ ♥ ♥

(Aportación anónima)

El puente de Waterloo en Londres se halla localizado entre los de Blackfriars y Hungerford, y se ubica en un meandro del río Támesis, lo cual ofrece una vista panorámica del entorno realmente interesante. Sin embargo, cuando anochece, se convierte en un lugar más bien siniestro, no tanto por la neblina que a menudo se forma a lo largo del río, sino por haber tenido desde hace más de dos siglos –y aún la tiene– una atracción enfermiza para aquellos que, víctimas de la desesperación se aproximan a él para poner fin a su vida. Efectivamente, el 14 de enero de 2008, un joven de veinte años llamado Jonny Benjamin, tras superar la

barandilla de protección, se disponía a suicidarse lanzándose al vacío.

Jonny [nombre real] hacía tiempo que no se encontraba bien. Tras una multitud de visitas médicas y análisis, le habían diagnosticado una esquizofrenia de tipo hebefrénico que se caracterizaba por sufrir un profundo desorden afectivo, lo cual lo sumergió en una grave depresión hasta el punto de desear poner, como fuese, un final definitivo a su sufrimiento. De todos modos, cuando estaba a punto de llevar a cabo su propósito, oyó una voz a su espalda que le decía: «Por favor, no lo hagas». Jonny se revolvió bruscamente para ver quién había pronunciado aquellas palabras y, a pesar de las tinieblas que les rodeaban, reconoció a un hombre joven como él que, inmóvil, lo miraba y le insistía: «Yo también he vivido una situación parecida. No lo hagas, las cosas pueden mejorar». Pero ¿quién era el que así hablaba? ¿Alguien de carne y huesos?; ¿Un desconocido que casualmente pasaba por aquel lugar? ¿O quizá un espectro fruto de su imaginación desequilibrada? Jonny no llegó a saltar; solo recuerda que, a continuación, se encontró entre dos policías y, posteriormente, dentro de un coche que lo condujo no recuerda exactamente dónde.

Seis años más tarde Jonny había conseguido rehacer su vida. Su enfermedad se había convertido en crónica, pero estaba perfectamente controlada mediante un tratamiento adecuado y estaba trabajando como embajador de Rethink, una ONG que da soporte a personas que padecen enfermedades mentales. Llevaba, por lo tanto, una vida normal, pero con la pesadumbre de no haber podido hablar con el desconocido que aquel 14 de enero de hacía seis años le había salvado la vida. Desconocía, por lo tanto, quién era, cómo se llamaba, o dónde vivía. Y, no obstante, desde lo más profundo de su corazón, deseaba poder darle las gracias. De modo que se propuso localizarlo, organizando una campaña desde diferentes frentes –carteles, prensa, radio y televisión, Twiter y Facebook– de modo que, en poco tiempo, su búsqueda se convirtió en *trending topic* (difusión masiva) tanto en el Reino Unido como en otros países de habla inglesa.

Como no podía ser de otra manera, el desconocido que salvó la vida de aquel joven deprimido y sin esperanza, finalmente se enteró de la búsqueda de que era objeto y se puso en contacto con Jonny. El «salvador» se llamaba Neil, era un muchacho cinco años mayor que Jonny y que, profesionalmente, era entrenador deportivo personal. El reencuentro es fácil de imaginar: un abrazo memorable, una conversación que había aguardado seis

años para poder tener lugar, un final feliz y el agradecimiento eterno de Jonny hacia Neil.

♥ ♥ ♥

(De la carta de un lector dirigida al director de un periódico)

Hoy ha sido un gran día. Mi hermano K., falleció el mes pasado. Hemorragia cerebral. Se percató perfectamente de su partida. Y lo último que hizo, asustado, pero valiente, fue decirle a M. cómo la quería. En realidad su muerte «oficial» no se produjo hasta al cabo de quince días.

Pero cuando K. ingresó en el hospital, ya no era K. Ya no miraba, ni escuchaba, ni se movía, ni siquiera podía respirar por sí mismo. Fueron los peores quince días de nuestras vidas.

Suerte tuvimos de los ángeles con batas de colores. Aquel hospital decrépito, castigado por la falta de inversiones, maltrecho por los golpes de las literas con enfermos atemorizados, mal pintado, reaprovechado…, está lleno de ángeles.

Médicos, enfermeras, auxiliares, residentes, que durante aquellos angustiosos quince días nos hablaron con profesionalidad, algunas veces con palabras que de tan duras como eran nos retorcían el corazón, pero os aseguro que siempre, todas las veces, lo hicieron con una humanidad, una estima y un respeto por nuestro dolor, que no podremos olvidar nunca, ni nunca lo podremos agradecer suficientemente.

Sois grandes profesionales, muy grandes. Pero lo más importante es que sois unas personas excepcionales. Y hoy ha sido un gran día. Hemos recibido una carta en la que se nos comunica que K. ha dado vida a otras personas. Y he vuelto a llorar. Triste, pero de alegría. Es lo que él quería. Cuidaos, cuidad lo que os ha dado, y vivid, sobre todo, vivid, todo lo que podáis, tan intensamente como podáis. Por él no quedará, os ayudará, era un loco enamorado de la vida. Que tengáis mucha suerte.

Y a vosotros, los de las batas de colores, muchas gracias, de todo corazón, de nuestra parte y de parte de K.

I. C.

♥ ♥ ♥

El voluntariado

(Aportación anónima)

Ojalá la Federación Catalana de Bancos de Alimentos no tuviese que organizar cada año –y con el 2017 ya van nueve– el llamado *Gran Recapte* que, cuando se acerca la Navidad, recoge comida para las más de 250.000 personas que pasan hambre en Catalunya. Los indicadores demuestran que la miseria y la desigualdad que afectan a nuestro país en pleno siglo XXI continúan creciendo y la bolsa de pobreza crónica, lamentablemente, es cada día mayor.

De todas formas, hay ciertos aspectos en este hecho que creo que no deberían menospreciarse. El primero de ellos, y quizás el más importante a efectos prácticos, es la cantidad de productos alimentarios que se recaudan: más de 4.300 toneladas de comida obtenidas solo en dos días es el último balance registrado, lo cual ha sido posible gracias a la solidaridad de los donantes, pero también por la red de puntos de recogida que se ha establecido en todo el territorio –cerca de 2.700 en total–, localizados especialmente en supermercados de alimentación, así como en grandes centros comerciales.

En segundo lugar, pienso que merece una mención especial el colectivo de voluntarios de todo tipo –alrededor de 27.000– que han colaborado en la recogida y clasificación de los alimentos recibidos, y sin el cual sería imposible llevar a término esta labor tan meritoria. Gente prácticamente de todas las edades, incluso familias enteras, altruistas creyentes o no creyentes..., pero especialmente me ha admirado un grupo representativo de un colectivo social que no sería bueno ignorar: personas entre veinte y sesenta años con un grado de discapacidad intelectual superior al 65% participando, sintiéndose útiles y demostrando que, a pesar de su teórica minusvalía, son absolutamente capaces de integrarse y colaborar responsable y eficazmente en lo que se les encomienda.

Y, finalmente, no puedo silenciar aquello que más me ha impresionado y que, inevitablemente, me recuerda el pasaje de *La ofrenda de la viuda* del Evangelio según san Marcos (12,41-44), al ver alguna persona mayor, probablemente viviendo sola, y con una pensión que a duras penas le debe alcanzar para poder mantenerse y que, así y todo, se acerca al punto de recepción de alimentos con un paquete pequeño de arroz o de fideos, que tal vez deberá substraer literalmente de su dieta, por sí misma ya escasa. Un acto que, me consta, no responde

a un hecho aislado, sino que puede observarse con relativa frecuencia.

Confieso que, en general, pero especialmente estos detalles en apariencia más bien insignificantes, aún me hacen confiar en la solidaridad humana.

♥ ♥ ♥

(Aportación anónima)

A veces son las pequeñas cosas aquellas en las cuales se basa la esperanza. Y, en mi barrio, la última Navidad, he tenido ocasión de vivir una de estas cosas que me ha parecido tener su importancia, aunque no se trate de nada extraordinario.

El caso es que en el semáforo del puente del Potosí, en Santa Coloma de Gramenet, cada mañana, haga frío o calor, llueva o luzca el sol, desde hace más de treinta años, un hombre llamado Paco «el de los kleenex» se acerca a los conductores de los vehículos parados bajo el color rojo para ofrecerles un paquete de pañuelos de papel a cambio de la voluntad; y si no lo consigue, sabe retirarse discretamente, siempre con una sonrisa en los labios y un amable «buenos días».

Esta actitud perseverante ha motivado que algunos vecinos, movidos por el espíritu navideño y a través de las redes sociales, nos hayamos puesto de acuerdo para entregar un pequeño obsequio a este hombre que ha sabido ganarse las simpatías de los que lo vemos día tras día. Entre unos y otros, hemos llenado una cesta con un lote de regalos que Paco, en principio, ha declinado aceptar diciendo que «ni lo merece ni necesita nada».

Paco ya tiene alrededor de setenta años, y tantas horas permaneciendo cerca del río le han pasado factura con una artrosis que se hace evidente cuando anda. Ha mantenido y educado seis hijos, dos de ellos discapacitados, y actualmente vive solo en una habitación realquilada, y insiste en decir que «no necesita nada» a los que tratamos de ayudarlo.

A día de hoy aún desconozco qué haremos con la cesta, porque si Paco «no necesita nada», quizás la tendremos que llevar a Cáritas o a la Cruz Roja…

♥ ♥ ♥

(De la carta de una lectora dirigida al director de un periódico)

Acabo de llegar procedente de la *Filippiada*, un campo de refugiados al oeste de Grecia, en el cual he trabajado, y mi experiencia queda lejos de los relatos que aparecen habitualmente en la prensa. Sin duda existen diversas realidades, y yo he tenido la suerte de vivir la versión más positiva. He regresado satisfecha e impresionada, y con estas líneas deseo hacer dos observaciones: una, referente a los refugiados y otra respecto a los griegos. De los primeros quiero puntualizar que, de cerca, son familias como las nuestras, que han tenido que abandonarlo todo y que, básicamente, lo que tienen es miedo. He vivido el agradecimiento hacia los que les ayudan, la acogida para formar parte de esta comunidad multicultural, y la elocuencia de la comunicación por medio de palabras, gestos y sonrisas.

De los griegos, puedo hablar de generosidad y de reacción. A pesar de tener problemas económicos, han sido capaces de tramitar la acogida de refugiados y de organizar campos, en los cuales, con la ayuda de diversas entidades, les ofrecen una vida digna mientras aguardan su reubicación. Asimismo, han adaptado sus escuelas con el fin de ceder unas horas lectivas a grupos de niñas y niños refugiados, y han desarrollado

proyectos como, por ejemplo, el *Habibi Works* o el *OneLoveKitchen*, en los cuales la actividad es un elemento para la inclusión.

Finalmente, también deseo agradecer a todos los que me han permitido vivir personalmente esta experiencia tan positiva, la cual ha renovado mi fe en la humanidad.

L. G.

♥ ♥ ♥

(De la carta de un lector dirigida al director de un periódico)

¿Por qué razón debe ser que las personas nos volvemos más humanas cuando nos afectan actos de grave inhumanidad? Ante la terrible tragedia de los atentados terroristas cometidos en Barcelona y Cambrils el 17 de agosto de 2017, ampliamente condenables y condenados por todo aquel que ame la paz, no puedo evitar mencionar el bien que, a menudo, el mal es incapaz de esconder: todo tipo de personal sanitario interrumpiendo sus vacaciones para ponerse a disposición de los afectados, donaciones de sangre, la actuación protectora de los diferentes cuerpos policiales,

psicólogos e intérpretes voluntarios para atender a las víctimas y a sus familiares, agua y alimentos ofrecidos espontáneamente a conductores bloqueados dentro de sus vehículos en las carreteras, transporte público y privado puesto gratuitamente a disposición de quien lo necesitaba, establecimientos acogiendo a gente aterrorizada…

Entre tanta oscuridad, no seamos ciegos ante los destellos de esperanza.

A. M.

♥ ♥ ♥

(Aportación anónima)

A lo largo de mi vida he colaborado como voluntario en diversos organismos dedicados a la promoción y el desarrollo social sin ánimo de lucro (ONG), lo cual me ha permitido conocer a un buen número de personas de características muy diferentes, pero todas ellas con un denominador común: estar dispuestas a ayudar a quien lo necesite.

Precisamente en el mundo del voluntariado es donde he podido observar en según quien, que se manifestaba abiertamente «no creyente», especialmente en ambientes sanitarios, su dedicación y espíritu de servicio, no solamente en el aspecto profesional, sino también en el humano, es decir, apreciando lo que hacía y a quien se lo hacía. ¿Es posible amar al prójimo y, al mismo tiempo, no creer en Dios y, consiguientemente, no amarlo?

Según mi opinión, estas personas –por la razón que sea– no se percatan de que, del mismo modo que *Quien dice: «Yo amo a Dios», pero al mismo tiempo odia a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, si no es capaz de amar al hermano, a quien ve?* (1Jo 4,20), no es posible amar al prójimo sin amar a Dios, teniendo en cuenta que el ser humano ha sido creado a imagen y semejanza suya. Esto sería como saborear una manzana y negar la existencia del manzano. He aquí, pues, la paradoja de amar a Dios, incluso negándolo. ¿O es que tal vez, dichas personas, no son conscientes de haberlo descubierto?

De todos modos, si hablamos de manzanas, es bien sabido que las hay de podridas en cualquier lugar, con el consiguiente peligro de contagiar a las que están cerca. Y es que el diablo es suficientemente listo como para disfrazarse de moscardón, o de gusano, para echar a

perder cualquier fruto sano, con la maldad escondida bajo todo tipo de formas pecadoras. Por esta misma razón es tan importante –más bien imprescindible– pedir constantemente al Dueño del huerto que nos preserve de todo mal.

♥ ♥ ♥

(Aportación anónima)

Bernadeta Soubirous (Lourdes 1844 - Nevers 1879) fue canonizada por la Iglesia Católica en 1933. El 11 de febrero de 1858 tuvo la primera visión de la Virgen María y durante seis meses de aquel mismo año se sucedieron otras diecisiete, en las cuales la Virgen se le manifestó como la «Inmaculada Concepción», en la pequeña gruta de Massie-Vieille –hoy conocida con el nombre de Massabielle–, lo cual convirtió progresivamente la región en un centro de culto mariano internacional, en especial a partir del año 1870, fecha en que empezaron los primeros peregrinajes masivos, lo cual impulsó la construcción del Hospital de los Dolores (el actual Accueil Saint Frai) y en 1877 el Accueil Notre-Dame. Asimismo, en 1885 fue creada la Asociación Hospitalité Notre-Dame de Lourdes, para poder disponer de un equipo apropiado de voluntarios

que acogiesen y facilitasen la estancia de los peregrinos, cada vez más numerosos. Actualmente, el santuario mariano de Lourdes es el más visitado de Europa y el segundo del mundo, después del de la Virgen de Guadalupe, en México, y cada año, a pesar de contar con poco más de veinte mil habitantes, Lourdes es visitada por más de ocho millones de peregrinos.

Esta santa fue la primogénita de seis hijos de un matrimonio extremadamente humilde, y su infancia se caracterizó por tener una salud muy delicada a causa de la grave desnutrición y de las lamentables condiciones del lugar donde residía juntamente con toda la familia (el año de las apariciones, por ejemplo, habitaban todos juntos en un lóbrego calabozo de una antigua prisión). A causa de estas circunstancias no pudo ir a la escuela, obligada a cuidar de sus hermanos más jóvenes y a trabajar duramente como pastora de rebaños ajenos. No aprendió a leer y escribir hasta los dieciséis años y ello gracias a su gran interés y esfuerzo.

En julio de 1860 fue acogida por la Comunidad de las Hermanas de la Caridad de Nevers y el 30 de octubre de 1867, a la edad de veintitrés años, profesó como religiosa con el nombre de sor María Bernarda. El 2 de setiembre de 1909, treinta años después de su muerte, su cuerpo fue desenterrado al iniciarse el proceso de

beatificación diocesano, siendo encontrado en perfecto estado de conservación, a pesar de que el crucifijo y el rosario que tenía en sus manos estaban completamente oxidados. Finalmente, su cuerpo fue ubicado en la capilla que lleva su nombre y que pertenece al antiguo convento de Saint Gildard de Nevers, depositado en un féretro de vidrio que se puede visitar, donde talmente parece que repose.

La referencia a esta santa trae a colación, porque desconozco si lo que mueve a la mayoría de peregrinos es la obtención de un milagro que mitigue su sufrimiento, o quién sabe si solo desean obtener consuelo. Es innegable que hasta el día de hoy, en el santuario de Lourdes, se han registrado numerosas curaciones inexplicables para la ciencia, las cuales han sido minuciosamente estudiadas por el *Bureau des Constatacions Médicales*, así como por el *Comité Médical International de Lourdes* y debidamente archivadas. Del rigor de la Iglesia católica a la hora de reconocer una curación milagrosa, da idea el hecho de que de más de siete mil casos de expedientes registrados, tan solo sesenta y siete han sido reconocidos oficialmente como «milagros».

Pero, aparte de todas las particularidades mencionadas, creo que en cada peregrinaje anual hay un

hecho que ignoro si se puede calificar o no de milagro. Me refiero a la admirable labor de los voluntarios de la Hospitalidad de Lourdes, así como de todos los voluntarios en general, que hoy día y desde ya hace muchos años llevan a cabo personas laicas y religiosas, de edades y condiciones sociales muy diversas, con el único denominador común de acompañar a peregrinos enfermos y discapacitados. El peregrinaje dura cinco días y los voluntarios, llamados «hospitalarios» y «hospitalarias», puede afirmarse que empiezan su labor a partir del mismo momento en que formalizan su compromiso al inscribirse en el organismo correspondiente.

Para terminar, debo decir que desconozco si entre las dolencias que sufren los peregrinos hay muchas de contagiosas, pero lo que realmente llama la atención es la disponibilidad y el espíritu de servicio de los jóvenes voluntarios, así como su alegría y capacidad para contagiarla a los enfermos, los cuales, en circunstancias habituales, no deben tener muchos deseos ni oportunidades para sonreír. Este hecho, ¿acaso no constituye ya, en sí mismo, un verdadero milagro de amor y de fe?

Sueños

(Aportación anónima)

Cada vez que observo las calvas o los cabellos blancos de los asistentes a la celebración de las misas, no puedo evitar de hacerme siempre la misma pregunta: ¿adónde ha ido a parar la juventud? Y es entonces cuando me viene a la memoria un recuerdo del pasado muy lejano, los protagonistas del cual éramos, de buena mañana, mi madre y yo como testigo curioso.

En casa, recién terminada la guerra civil del siglo pasado, no pasábamos hambre, pero no sobraba absolutamente nada, y en invierno, cuando el frío era más intenso y los sabañones nos torturaban, el único sistema de calefacción de que disponíamos era un viejo brasero de latón, heredado quien sabe cuándo, y que, cada día, a primera hora, tras eliminar las cenizas del carbón consumido y reavivar el fuego con cuatro teas y un sencillo aventador, mi madre llenaba con carbón nuevo triturado, el cual iba consumiéndose a medida que transcurría el día. Y con eso nos calentábamos toda la familia.

Pues, he aquí que al terminar la misa he empezado a soñar despierto, pensando que el brasero podría ser el

mundo; el rescoldo de brasas a punto de apagarse pero aún encendidas, como una especie de ave fénix, la juventud; las cenizas, todos los demonios que rechazar: el egoísmo, la falta de respeto y el desamor, que impiden que los jóvenes sean fieles a sus ideales primerizos; las cuatro teas, una Iglesia renovada que animase y entusiasmase a todos, por pasar del razonamiento teológico a la plegaria y de la predicación a la acogida; el aventador, todos los viejos soplando para dejar este mundo un poco mejor de lo que hemos encontrado y el carbón nuevo, la mano de Dios que en cada momento nos asiste y nunca nos abandona.

Todo ello un sueño de esperanza, sin duda. Pero ¿qué sería la vida sin sueños?

♥ ♥ ♥

(Aportación anónima)

Inspirado en el libro de Paulo Coelho *Manual del guerrero de la luz*, a menudo he deseado soñar ser «guerrero de la luz» para conocer la importancia que tiene la intuición, teniendo en cuenta que «en plena batalla [el guerrero], no dispone de tiempo para pensar

en los golpes del enemigo –y entonces utiliza su instinto y obedece a su ángel–.

En tiempos de paz, descifra las señales que Dios le envía.

La gente dice:

–Está loco.

O también:

–Vive en un mundo de fantasía.

O sino:

–¿Cómo es posible que confíe en cosas que no tienen lógica?»

Yo, como el «guerrero de la luz», querría ser capaz de entender el alfabeto de Dios por medio de la intuición y así saber escuchar el viento, extasiarme con la inmensidad del mar y poder hablar con las estrellas… Soñar.

♥ ♥ ♥

(Aportación anónima)

Cuando se ha oído –y, desgraciadamente, continua oyéndose– el alud de noticias adversas respecto a la convivencia entre palestinos e israelitas en Oriente Medio, ante el conflicto permanente palestino israelí es inevitable preguntarse ¿por qué parece imposible que dos pueblos que viven tan cerca el uno del otro sean enemigos prácticamente irreconciliables?

Qué difícil me resulta imaginar sentados en la misma mesa a un palestino y un judío o una familia palestina y una de judía, hablando amigablemente, con confianza mutua, sin ningún tipo de rencor y compartiendo juntos un *hummus* o puré de garbanzos, acompañado de hojas de parra con arroz y el delicioso *falafel*, para terminar con la *halva*, postres hechos principalmente a base de semillas de sésamo o pasta de *tahini,* a las cuales se les puede añadir, de acuerdo con el gusto personal de cada cual, diversidad de productos como, por ejemplo, pistachos, zumo de naranja o de limón, vainilla o coco, edulcorado con azúcar o miel, y todo ello elaborado respetando las normas alimentarias de musulmanes y judíos (*halal* y *kosher*, respectivamente).

Realmente, esto es un sueño. Pero un sueño hecho realidad, porque en el restaurante Hummus Bar en Kfar Vitkin (una pequeña comunidad rural israelita, situada a unos cuarenta kilómetros al norte de Tel Aviv), su propietario, de nombre Kobi Tzafir, ya hace algún tiempo que tuvo la idea de llevar a cabo una original iniciativa de paz y de esperanza: servir hummus y falafel a mitad de precio, si sus clientes eran palestinos e israelitas que se sentaran a comer en la misma mesa, compartiendo el mismo plato. Pues, por el momento, realmente, no le faltan clientes. ¡Buen provecho!

♥ ♥ ♥

(De la carta de una lectora dirigida al director de un periódico)

A pesar de que el tiempo aún es bastante cálido, el invierno se aproxima y los pájaros emprenden su viaje hacia el sur. ¡Quién pudiera ser pájaro!, podemos pensar, hoy, muchos de nosotros. ¡Qué suerte la suya de poder volar en libertad! ¡No tener necesidad de cruzar fronteras! ¡De no tener que decir "soy de aquí o soy de allá"! ¡De poder huir del frío y encontrar calor! ¡De poder cantar el mismo son armonioso sea donde sea…!

Son tantas las cosas que envidiamos o admiramos de los pájaros…, pero, personalmente, hay una que, ahora más que nunca, envidio: su vista, la vista de pájaro, la que les permite ver aquí y allá; que les confiere una amplitud de miras, que no necesita que nada ni nadie los tenga que convencer para que se avengan a su criterio o pensamiento, que no juzguen una realidad desde un solo punto de vista.

¡A vista de pájaro se observa todo! Puede verse lo que es falso y lo que es verdadero, puede verse a quien acaricia y a quien golpea, a quien llora y a quien ríe, a quien trae el corazón en la mano y a quien empuña un arma, a quien ama y a quien odia, a quien roba y a quien da, a quien se equivoca por acción y a quien lo hace por omisión, a quien humilla y a quien abusa, a quien vive serenamente y a quien lo hace con exaltación, a quien es justo y a quien no… ¡Qué vista más privilegiada, la vista universal y limpia de un pájaro!

¡Levantemos el vuelo! ¡Seamos todos pájaros! ¡Ojalá que hoy, aunque solo sea por unos momentos, nuestra mirada del mundo sea semejante a una vista de pájaro! ¡Solo así podremos, como ellos, vivir y volar en paz y libertad!

Porque la verdadera justicia y libertad no vuelan a ras del suelo sino arriba, ¡muy arriba!

M. T. P.

♥ ♥ ♥

(Aportación anónima)

Puestos a soñar, soñaría:

- Un mundo donde la violencia fuese una pesadilla del pasado, donde los hogares fuesen un crisol de paz entre marido y mujer, entre padres e hijos, entre hermanos y entre todos los miembros de la familia. Y entre las diferentes comunidades y países. Donde las llamadas redes sociales no se utilizasen nunca para intimidar, insultar o calumniar a nadie. Donde se rechazase sistemáticamente cualquier tipo de abuso entre personas... Donde el deporte sirviese para aumentar el espíritu de superación, con respeto hacia el adversario y total nobleza, en lugar de fomentar la hostilidad y el fanatismo.

- Un mundo donde no existiese el extremo deterioro ambiental al que hoy día lo sometemos, a causa de una explotación desconsiderada, olvidando que la Tierra es casa de todos y que, por ahora, no hay otra. Y que fuésemos conscientes del legado que dejaremos a nuestros hijos, adoptando un nuevo estilo de vida, siendo capaces de hacer nuestro aquel fragmento del *Cántico de las criaturas* de san Francisco de Assís: *Loado seáis, Señor mío, por nuestra hermana tierra, la cual nos mantiene y gobierna, y produce diversos frutos con flores y hierbas de colores*.

- Un mundo con suficientes recursos y buena voluntad para acoger a los inmigrantes refugiados, ofreciéndoles la posibilidad de rehacer su vida, tanto en el aspecto familiar como en el profesional y social, fundamentado todo ello sobre una base de respeto recíproco, y en donde no existiese ningún tipo de discriminación por razones de raza, sexo, cultura o creencias.

- Un mundo donde, aun aceptando que las tentaciones son inevitables, porque son inherentes a la especie humana, hubiese suficiente coraje para combatirlas, siendo conscientes de nuestra

pequeñez, y pidiendo, consiguientemente, con perseverancia y humildad, la ayuda de Dios.

- Un mundo donde el pecado –reconociendo, por supuesto, que todos somos pecadores– sirviese para comprender que el perdón y la misericordia de Dios son infinitamente mayores que nuestra debilidad.

- Un mundo donde no fuese necesario ningún tipo de prostitución: ni la de las pobres chicas (o chicos) que se ven obligados por la miseria, y para poder subsistir en una sociedad llena de desigualdades, o aquella en la cual se puede caer al objeto de triunfar en el mundo del espectáculo, la moda, el lujo o la ostentación.

- Un mundo donde se despreciase cualquier tipo de idolatría, de esclavitud o de sectas; en el cual no se adorase ni el dinero, ni la fama, ni el poder, ni a verdaderos ídolos deportivos o supuestamente artísticos.

- Un mundo donde la política –o, mejor dicho, los políticos– fuesen realmente unos servidores que velasen por los intereses de los ciudadanos por encima de los propios, y que se respetasen un poco más entre ellos mismos, al menos para dar ejemplo

de buenas maneras. Y que la corrupción y la falta de escrúpulos no existiesen, principalmente entre los gobernantes ni en lugar alguno. Y que no fuese posible que las grandes fortunas gobernaran realmente el mundo.

- Un mundo donde los negocios entre naciones dejasen de ser, en realidad, un engaño disfrazado, como son, por ejemplo, los préstamos internacionales, cuya intención real consiste en que el receptor se vea imposibilitado de devolverlos y, por consiguiente, vivir con una total dependencia económica del prestador, con todas las consecuencias negativas que ello representa para la ciudadanía. Y que todos los protagonistas de los negocios en general, pudiesen contemplarse siempre en el espejo de la honradez sin avergonzarse.

- Un mundo donde todas las personas tuviesen la oportunidad de trabajar en aquello que les gustara y por lo cual estuviesen capacitadas, de manera que el trabajo fuese, al mismo tiempo, un placer personal y un servicio a la sociedad. Por lo tanto, que no existiese ni el paro ni tener que llevar a cabo labores no deseadas, a menudo de una dureza

inhumana, únicamente con el objetivo de sobrevivir y sin tener en cuenta la dignidad de todo trabajador.

- Un mundo donde las cárceles estuviesen vacías por innecesarias o, en caso contrario, que la privación de libertad existiese no únicamente para castigar delitos cometidos sino, igualmente, y como finalidad prioritaria, para ayudar a la reintegración en la sociedad del infractor.

- Un mundo donde las relaciones entre personas fuesen de auténtica hermandad; sin hambre, sin desgracias evitables, sin tristeza…, como si todos fuésemos santos en lugar de vigilarnos mutuamente como si fuésemos demonios.

- Un mundo con menos frivolidad y más sentido de trascendencia, especialmente en lo referente a la juventud.

- Un mundo donde el sentido de la felicidad no se interpretase como pasárselo estupendamente, gozando de todas las comodidades que puede ofrecer la vida, buscando el placer por encima de todo y la riqueza a cualquier precio, en lugar de compartir, servir y amar al prójimo.

- Un mundo sin demasiados ricos o demasiados pobres, donde la distribución de la riqueza fuese equitativa y justa.

- Un mundo sin armas, ejércitos, guerras, «niños soldado» ni penas de muerte.

- Un mundo donde cada cual aceptase gozoso el cumplimiento de sus responsabilidades, en el cual se apreciase la sabiduría de los ancianos, donde no existiesen escandalosas injusticias sociales o entre géneros, ni rencor, ni odio, ni egoísmo, ni envidia, ni soberbia, ni lujuria, ni falsedad, ni traición, ni intolerancia, ni venganza, ni enfermedades incurables, ni sufrimiento, ni ninguna agresión al reino animal o a la naturaleza, ni, por encima de todo, falta de amor.

- Un mundo, finalmente, en el cual todas las utopías se transformaran en realidad.

♥ ♥ ♥

El heroísmo

(Del libro *La caridad, esa desconocida* de Ímac Xiom y Sèllav Évilo)

Hay veces en que los hechos más extraordinarios son la respuesta a situaciones extremas. Como, por ejemplo, el caso de la tragedia ocurrida el año 2012 en un colegio de Newtown, un pueblo de Connecticut en los EUA, el Sandy Hook, en donde un muchacho gravemente desequilibrado, antes de suicidarse, asesinó a su madre y, a continuación, disparó indiscriminadamente contra profesores y alumnos de la mencionada escuela, ocasionando veintiséis víctimas mortales en total, en medio de las cuales había veinte niños entre cinco y diez años. Creo que este hecho puede ocurrir en cualquier lugar, pero quiero referirme a este caso en concreto porque, a pesar del espantoso drama vivido, hubo una circunstancia, la cual pienso que no tuvo suficiente eco, y que debería llenarnos de confianza en un futuro mundo mejor que se aproxima poco a poco, imperceptiblemente, aunque a veces no lo parezca: el día 19 de aquel mismo año, tuvo lugar el funeral de diversos profesores de dicho colegio, que murieron al intentar proteger a los discípulos con su cuerpo, entre ellos una chica de veintisiete años, es decir, en la flor de la juventud –Victoria Soto–, la cual no dudó en sacrificarse

ella a fin de salvar a unos niños que, muy posiblemente, no habrían sobrevivido.

Es muy probable que dentro de unos años, este hecho quede sepultado en el olvido y que solamente los familiares y las personas más cercanas recuerden este suceso. Ojalá actos heroicos como el descrito –y muchos otros de parecidos e ignorados– pudiesen perdurar en el tiempo como un supremo ejemplo de amor. Y de esperanza.

♥ ♥ ♥

(Aportación anónima)

¿Qué significa exactamente ser un héroe? Más allá de las múltiples acepciones que puedan dar los diccionarios, existe un factor común: la persona que puede definirse como tal, muestra una valentía excepcional que le impulsa a realizar actos, en los cuales incluso puede poner en peligro su propia vida, lo cual, inevitablemente, despierta la admiración de los demás. Pues, efectivamente, admiración es lo que yo he sentido al tener noticia de la labor que la doctora somalí en medicina Hawa Abdi lleva a cabo cerca de Mogadiscio (Somalia), desde hace ya unas cuantas décadas.

Esta mujer, nacida en Mogadiscio el 17 de mayo de 1947, realmente, personifica un caso de coraje y compromiso excepcional porque, tras formarse como médica en Kiev (Ucrania) en los años sesenta y obtener la licenciatura en 1971 –al aprovechar una beca que le proporcionó la entonces Unión Soviética– se especializó en ginecología, regresando a su país natal donde, en 1983, fue la primera mujer que inauguró una clínica para atender gratuitamente a las futuras madres, paliando de este modo la elevada mortalidad registrada durante el parto. De formación y cultura musulmana, en el año 1972, también inició estudios de Derecho en la universidad de Mogadiscio, obteniendo el correspondiente título en 1979. Se casó en 1973 y tuvo dos hijas: Dego y Amina Adan, conocidas, asimismo, como Dego Mohamed y Amina Mohamed, ambas igualmente licenciadas en medicina, y que también colaboran activamente en la obra de su madre, la cual, impulsada por una energía y entrega que parece no tener fin, sigue transformando su sueño en realidad.

En 2011, aquella modesta clínica que era en su inauguración, se había convertido en una especie de «ciudad sanatorio», con cuatrocientas camas, tres quirófanos en pleno funcionamiento, un mínimo de seis médicos y más de cuatrocientos enfermeros, con servicios complementarios tales como un complejo de

atención y educación de niños con problemas de desnutrición, un centro de formación de adultos y una escuela con cerca de mil estudiantes, todo ello bajo el nombre de Fundación Dra. Hawa Abdi. Un verdadero oasis en medio de un país torturado por una guerra civil que estalló en 1991, con diversas facciones enfrentadas, cada una de ellas apoyada por la ambición y los intereses inconfesables de las grandes potencias, con las lógicas consecuencias fatídicas para la población. Como siempre, vaya.

Precisamente, teniendo en cuenta el clima bélico en que se desarrolla la actividad de la doctora Hawa Abdi y su equipo –y que actualmente no está ni mucho menos resuelto– esta mujer puede ser considerada con todo merecimiento como una verdadera heroína, si tenemos en cuenta que, en más de una ocasión, se ha enfrentado personalmente a bandas de guerrilleros que asaltaban el complejo que ella dirige y que, mientras los capitostes la retenían a punta de pistola, sin atreverse a liquidarla por miedo de las represalias que ello hubiera podido provocar en las más de noventa mil personas que eran asistidas in situ por «Mamá Hawa» como se la conoce, sus secuaces –milicianos sin escrúpulos– destrozaban la clínica, quemando historiales médicos, disparando tiros a los aparatos de anestesia y estropeando todo tipo de medicamentos y mobiliario.

La doctora Hawa Abdi se mostró en todo momento dispuesta a morir con dignidad antes que abandonar su obra, la cual reconstruyó cada vez que fue necesario para poder seguir ofreciendo acogida, atención médica, educación y estima a toda la gente necesitada.

Desde el año 1980 esta Fundación ha atendido aproximadamente unos dos millones de personas vulnerables, sin ningún ánimo de lucro (funciona especialmente mediante donaciones privadas) y, tal como especifica la Dra. Abdi, admiten y atienden a todo el mundo solamente con dos condiciones, bajo el riesgo de ser expulsados los infractores: aceptar, como norma, que no haya privilegio alguno a causa del clan o la tendencia política a la que se pertenezca y la prohibición absoluta a los hombres de maltratar a las mujeres.

¡Felicidades, Dra. Abdi!

♥ ♥ ♥

(Aportación anónima)

¿Quién se acuerda, hoy, de Ignacio Echeverría? Pues, según quien, no olvidará nunca el «héroe del monopatín».

Ignacio tenía treinta y nueve años, había nacido en Ferrol, trabajaba como abogado en Londres y el día 3 de junio de 2017, cuando regresaba a casa en bicicleta tras practicar monopatín con unos amigos, topó con unos terroristas que acababan de atropellar a diversos peatones, y después apuñalaban a todo el que podían en el Puente de Londres, al lado del Borough Market. Ignacio no se lo pensó dos veces: a golpes de monopatín se enfrentó a los terroristas, intentando proteger la vida de las personas que estaban siendo agredidas. Y así fue como sacrificó la suya.

Echeverría ha sido objeto de numerosos reconocimientos y condecoraciones, tanto nacionales como extranjeros: el XVI Premio Internacional del Colectivo de Víctimas del Terrorismo; la Medalla de Plata a título póstumo de la Policía Nacional; la Gran Cruz del Mérito Civil; la Distinción de los Tres Servicios o el Commissioners High Commendation (Alta Condecoración de los Inspectores, representativa del honor más alto posible, que no se había entregado nunca al mismo tiempo por la Policía Británica de Transporte y la Policía de la ciudad de Londres).

Pienso que, aparte de todos los honores recibidos, sin duda merecidos, Ignacio, con su acción heroica, y su familia, con la serenidad y la entereza con que vivieron

un hecho tan doloroso, deberían reforzar nuestra esperanza y credibilidad en la bondad humana.

♥ ♥ ♥

(Aportación anónima)

No puede negarse que existen diversos tipos de heroísmo. Y hay uno en concreto, que yo ignoraba, y que me ha dejado gratamente sorprendido y admirado. Se trata del perfil humano de un ciclista italiano nacido en Ponte a Ema, (Italia), el 18 de julio de 1914 y fallecido el 5 de mayo de 2000 en Florencia: Gino Bartali, llamado "*il Ginettaccio*", casado con Adriana Balli y padre de tres hijos: Andrea, Bianca Maria y Luigi. Venció en el Giro de Italia los años 1936, 1937 y 1946 y en el Tour de Francia en 1938 y 1948. Toda una leyenda del ciclismo mundial, que pocos corredores han podido superar o, simplemente, aproximarse.

No seré yo quien niegue mérito al hecho de pedalear con fuerza y resistencia encima de un vehículo de dos ruedas, pero lo que realmente me ha conmovido ha sido enterarme del tipo de bicicleta que usaba Bartali, la cual, todo y tener la parte metálica hueca, pesaba un poco más que cualquier otro modelo parecido. Y es que, durante

la Segunda Guerra Mundial, Bartali actuaba como emisario de la resistencia de Assís, y escondía dentro del cuadro y debajo del sillín de su bicicleta las fotos y documentos utilizados para falsificar los salvoconductos con destino a los refugiados judíos perseguidos por los nazis alemanes y los fascistas italianos, que estaban escondidos en conventos y monasterios de la Toscana, de forma que se pudieran trasladar en secreto a zonas del sur de Italia bajo el control de los aliados.

Con dicha estratagema –y a menudo pedaleando casi cuatrocientos kilómetros en un solo día por tierras de la Toscana y la Umbria, durante los años 1943 y 1944, en los cuales no se corrió el Giro–, él fingía que se entrenaba y, arriesgando su propia vida, salvó de una muerte segura a casi un millar de personas que estaban destinadas a ser deportadas a los campos de exterminio.

No fue hasta el año 2003, tres años después de su defunción, que no se descubrió la proeza de este héroe. Y ello gracias a Piero Nissin, hijo de Giorgio Nissin, un judío organizador de la red clandestina de la resistencia, fallecido en 1976, el cual, casualmente, encontró un viejo diario de su padre en el que se detallaba toda la labor que Bartali había llevado a cabo para salvar a judíos de ser víctimas del Holocausto. Su nieta, Gioia Bartali, relata que un día su abuelo le dijo que, de él, se

hablaría más cuando estuviese muerto que no en vida, una clara premonición de que algún día se sabría la verdad.

El 23 de septiembre de 2013 el gobierno de Israel le concedió el título honorífico de «Justo entre las Naciones», la distinción máxima otorgada a los extranjeros que salvaron la vida de judíos perseguidos, a pesar de que este hombre se había distinguido por su discreción y modestia, evitando a lo largo de su vida hacer público su secreto –ni tan siquiera lo había revelado a su familia–. Según sus propias palabras, él no se reconocía como un héroe ni por sus triunfos deportivos, sino que más bien consideraba que lo eran aquellos que fueron injustamente encarcelados, heridos o que murieron en el transcurso de la contienda.

Bartali no era solamente un hombre de paz sino, también, alguien del cual se podrían relatar multitud de anécdotas realmente de una humanidad impresionante, como cuando ya no corría profesionalmente y se dedicaba a escribir artículos periodísticos sobre ciclismo, en una sala de prensa improvisada en una pequeña escuela, encima de un pupitre, al terminar la redacción, tomó una hoja en blanco y anotó unas líneas antes de dejarla dentro del cajón. Un colega curioso, no pudo resistir la tentación de averiguar lo que había escrito: *A*

ti, niño que me leerás mañana, aquí trabajó, en tu pupitre, Gino Bartali, que te alienta para que nunca bajes los brazos.

♥ ♥ ♥

(Aportación anónima)

Siempre he admirado a los grandes héroes como personas de coraje excepcional, capaces de arriesgar su propia vida para salvar la de los demás, o bien para defender algún noble ideal. No obstante, opino que, día a día, nuestra vida no se construye a base de grandes actos heroicos, sino, más bien, con aquellos que podríamos considerar como «pequeños», los cuales, por el hecho de pasar más desapercibidos, nos pueden parecer poco importantes o menos frecuentes de lo que realmente son. Así pues, considero como «pequeños héroes»:

- Los padres que son capaces de educar a sus hijos con autoridad, ternura y ejemplo, diciendo «no» cuando es necesario y respetando en todo momento su derecho a ser libres, lo cual no significa, ni mucho menos, permitirles hacer todo lo que quieran.

- Las parejas cuando uno, o una, no es exactamente lo que esperaba del otro, pero que ambos son comprensivos y se conceden una segunda oportunidad amparada en la estimación mutua.

- Los maestros cuando actúan como un complemento de la familia en la educación de los alumnos, transmitiendo los conocimientos y la formación humana necesarios para que, en un futuro, puedan ser personas de provecho.

- Los ciudadanos que soportan con una oposición serena y firme las estupideces y las inmoralidades de algunos políticos.

- Los políticos honrados que no caen en la tentación de convertirse en corruptos, y que interpretan que su deber y su responsabilidad consiste en estar al servicio de los ciudadanos.

- Los enfermos y los ancianos que soportan con conformidad sus males y que creen que, aunque no sea evidente, todo debe tener sentido.

- Los pobres capaces de vivir con dignidad su condición en este mundo.

- Los que tienen vecinos ruidosos o poco considerados, y buscan el entendimiento y la concordia por medio del diálogo en lugar del enfrentamiento.

- Los religiosos y religiosas que son conscientes de no poseer ningún salvoconducto para acceder al cielo, y que su misión principal es rezar, acompañar y guiar a todo el mundo para acercarse a Dios.

- Los campesinos que trabajan la tierra sin horario fijo, soportando las inclemencias del tiempo y los precios injustos del mercado, para que todos podamos disfrutar del producto de su esfuerzo.

- Los profesionales de la salud cuando saben tratar enfermos en lugar de enfermedades, y con total entrega para paliar el dolor humano.

- Los cuidadores de familiares enfermos, que sacrifican una parte de su vida para entregarla a quien lo necesita.

- Los defensores de la ley cuando entienden que la justicia no consiste solo en ganar pleitos para obtener dinero y prestigio, sino en ser justos en la búsqueda de la verdad.

- Los militares que trabajan por la paz y no ignoran que, tarde o temprano, los uniformes se rasgan y las medallas se oxidan.

- Los que llevan a cabo todo tipo de tareas arriesgadas, jugándose generosamente la vida.

- Los obreros de oficios o trabajos «mecánicos», o repetitivos, o aburridos, exentos de creatividad y que lo hacen con estoicismo e, incluso, con una sonrisa.

- Los trabajadores que, en contra de su voluntad, se encuentran en el paro y lo soportan con paciencia y esperanza.

- Los jubilados que interpretan esta etapa de su vida como una posibilidad de continuar siendo útiles a la sociedad y obran en consecuencia.

- Los voluntarios de todo tipo que ponen a disposición de los demás su saber, su tiempo y su esfuerzo, de forma totalmente altruista.

Todas estas personas, y seguramente muchas más que olvido, creo que son «pequeños héroes». O, al menos, así me lo parece.

♥ ♥ ♥

(Aportación anónima)

Yo no he sido nunca protagonista de un hecho extraordinario, pero debo decir que me admiran profundamente según qué actos de heroísmo. Pienso que, casi siempre, una heroicidad es la respuesta a una acción de signo contrario. Precisamente, la inmensa tragedia que fue para la humanidad la Segunda Guerra Mundial, generó muchas más actuaciones heroicas de las que nos podamos imaginar, la mayor parte de las cuales han quedado ocultas en el más completo anonimato.

Sin embargo, algunas de estas acciones sí que han trascendido y han llegado a nuestro conocimiento, dejándonos asombrados al comprobar hasta dónde puede llegar la iniquidad humana, así como la capacidad y el coraje de algunas personas para hacerle frente. Y, por mucho que se haya enaltecido la labor que llevó a cabo Irena Sendler –o «el Ángel del Gueto de Varsovia», como se la conocía– nunca será suficiente.

Esta mujer, de familia y formación católica, nació el 15 de febrero de 1910 en Otwock (Polonia) y falleció de pulmonía en Varsovia el 12 de mayo de 2008, por tanto, a los noventa y ocho años. En 1939, año en que Alemania invadió Polonia, Irena trabajaba como enfermera en el Departamento de Bienestar Social de Varsovia, en donde estaban centralizados los comedores comunitarios de la ciudad y en donde se proporcionaba comida, ropa y medicinas a las personas necesitadas, sin tener en cuenta su religión, creencias o nacionalidad.

Cuando en 1941 los nazis crearon el gueto de Varsovia, Irena, al percatarse de las condiciones de extrema precariedad en que vivían los judíos confinados en aquel lugar, no dudó en integrarse en el llamado Consejo para la ayuda a los judíos (Zegota) y, juntamente con alguna otra compañera, obtuvo de las autoridades nazis autorización para asistir a los enfermos del gueto, teniendo en cuenta que los alemanes preferían no acercarse por temor al contagio de alguna enfermedad infecciosa.

Durante el año y medio en que existió el gueto (se disolvió a mediados de 1942) Irena, arriesgando su propia vida, consiguió salvar de una muerte segura alrededor de 2.500 niños, mayoritariamente judíos, los cuales, a pesar de la lógica reticencia de sus familias,

sacaba utilizando un amplio repertorio de subterfugios como, por ejemplo, introduciéndolos dentro de sacos de patatas o de basura; dentro de ambulancias, aduciendo que se trataba de víctimas del tifus o, incluso, en el interior de féretros simulando su muerte, todo ello a fin de trasladarlos a lugares más seguros.

De todos los niños que Irena salvaba elaboraba una lista, en la cual relacionaba el nuevo nombre con el real, la fecha de nacimiento de la criatura y una breve reseña de su historia personal, así como de su familia, para que, de esta forma, en un futuro, pudieran recuperar su verdadera identidad. Nadie conocía la existencia de dicha lista excepto su vecina, en el jardín de la cual la enterró, dentro de dos frascos de vidrio, con el encargo de que, un día, cuando aquella locura hubiese terminado, los hiciera llegar a buenas manos si ella moría antes, teniendo en cuenta que se habían repartido anuncios por todo el país, amenazando de muerte a cualquier polaco que prestara ayuda a los judíos.

El 20 de octubre de 1943 el invasor descubrió las actividades clandestinas de Irena, y la Gestapo la encerró en la prisión de Pawiak, en donde sufrió las torturas más brutales posibles de imaginar, para que delatara a las familias que habían acogido a los niños. Pero nunca reveló el destino de los niños que había conseguido sacar

del gueto. Irena, durante su cautiverio, solo contó con el apoyo de su inmensa fe en Dios, y una estampa que descubrió en el interior del colchón de paja de su celda, con una inscripción que decía «Jesús, en vos confío». Esta estampa la pudo conservar hasta 1979, año en que la regaló al papa Juan Pablo II.

Finalmente fue condenada a muerte, y cuando ya estaba prácticamente ante el pelotón de ejecución, un soldado alemán la requirió para cumplimentar «un interrogatorio adicional» y tan pronto cruzó la puerta le gritó en polaco: «¡Corra!». Al día siguiente, su nombre figuraba en la lista de los ejecutados el día anterior. Los miembros de Zegota –el Consejo para la ayuda a los judíos– habían sobornado a los presuntos ejecutores.

Cuando terminó la guerra Irena desenterró los dos frascos de vidrio que había escondido y entregó su contenido al doctor Adolfo Berman, primer presidente del Comité de salvamento de los judíos supervivientes. Posteriormente, Irena se casó y tuvo un hijo –Andrzej–, fallecido poco tiempo después de nacer, y dos hijas –Janina y Adam–.

Irena recibió numerosas distinciones por su valor y las heroicas acciones que había llevado a cabo. En 1965 fue reconocida con el título de «Justa entre las naciones» por

la institución Yad Vashem de Jerusalén y admitida como ciudadana honoraria de Israel. En noviembre de 2003 fue nombrada Dama de la Orden del Águila Blanca, la más alta distinción civil de Polonia. Y en 2007 fue candidata al Premio Nobel de la Paz el cual, finalmente, no le fue concedido.

Su vida inspiró diversos libros y fue programada en televisión a través de la miniserie *The Courageous Heart of Irena Sendler*. Pero el mayor reconocimiento que obtuvo, pasados los años, fueron las muestras de agradecimiento de algunos niños, ya adultos, que había salvado. Su respuesta, en todo momento, era: «Lo que he hecho ha sido la justificación de mi existencia en este mundo y no un título para recibir la gloria».

♥ ♥ ♥

La muerte

(Aportación anónima)

No es posible, ni sería honesto, hablar de la muerte con esperanza sin mencionar a la doctora Elisabeth Kübler-Ross, y hacerlo con agradecimiento por lo que ha representado, para todos los que tememos sufrir y morir, compartir con nosotros sus experiencias con enfermos terminales, a los cuales consoló y ayudó a morir en paz.

Elisabeth Kübler-Ross nació en Suiza el 8 de julio de 1926, se casó en 1958 con un médico norteamericano y aquel mismo año se trasladó a vivir a Nueva York, falleciendo en los EUA el 24 de agosto de 2004. Psiquiatra y escritora, ha sido una de las expertas en tanatología, o estudio de la muerte, más prestigiosas e influyentes del mundo. Juntamente con el doctor Mwalimu entrevistó a más de veinte mil personas de entre dos y noventa y nueve años de edad, de culturas distintas: europeos, esquimales, indios americanos, aborígenes australianos, etc., así como de diferentes religiones: cristianos, musulmanes, budistas, y también a ateos o agnósticos.

Su labor profesional fue reconocida académicamente con la concesión de veintiocho doctorados honoríficos,

pero si tuviésemos que definir en pocas palabras lo que aportó en la atención a los enfermos moribundos y a sus familiares, quizás podría resumirse, sin temor a simplificar demasiado, en que, más allá de su saber científico, empleó un amor inmenso para ayudar a fortalecer la esperanza de todos. La convicción de que existe una nueva vida después de la muerte y las experiencias de personas, inmediatamente posteriores al fallecimiento, confirman –según sus propias palabras–: *Que la muerte tan solo es un paso más hacia una forma de vida en otra frecuencia. El instante de la muerte es una experiencia única, bella, liberadora, que se vive sin temor y sin angustia.*

No seré yo, pobre ignorante, quien se atreva a contradecir a una persona tan sabia y tan capaz de amar. Pero puedo asegurar que también hay moribundos que mueren desengañados de la vida, atemorizados, angustiados y, a pesar de todos los recursos paliativos de que dispone la ciencia médica actual, con un sufrimiento insoportable. ¿Significa ello que a estas personas, al no gozar de paz y serenidad en sus últimos suspiros, les aguarda algo temible? Más bien creo, estimado lector/estimada lectora, que, tarde o temprano, Dios hará que en la tierra regada con lágrimas de dolor también crezcan flores de esperanza.

(Aportación anónima)

No nos engañemos: el final, por lejos que se encuentre, ya está cerca. Se aproxima el momento en que tendré que devolver, descolorido, roto y lleno de remiendos –como casi todo el mundo–, este cuerpo que recibí prestado el día de mi nacimiento, como si se tratase tan solo de un vestido para usar durante un breve viaje por este mundo.

Todos poseemos dos árboles enraizados en nuestro espíritu. Las ramas de uno de ellos son el egoísmo, el orgullo, la envidia, el menosprecio. Las del otro, la compasión, el respeto, la tolerancia, la amistad, la ternura… Aquel bajo la sombra del cual nos cobijemos será el que nos ofrecerá su fruto, para entristecernos y maldecir nuestra existencia, o para saborearlo y compartirlo gozosos con todos los que nos rodean.

Ha llegado, pues, el momento de hacer balance, a pesar del temor que suscite reconocer los aciertos y los errores cometidos, con tiempo a duras penas para intentar terminar de la mejor manera posible.

De los errores –innumerables– prefiero no hablar. Evidentemente, que si tuviese una segunda oportunidad, no haría muchas cosas que he hecho y que haría muchas

que he dejado de hacer. No obstante, ahora es inútil lamentar nada en este sentido. Los aciertos, pocos pero, a mi entender, esenciales (como, por ejemplo, la fe en Dios y el espíritu de servicio) creo, sinceramente, que el mérito no ha sido mío. Respecto a la fe, solo puedo atribuirme haber aportado el deseo y la perseverancia; el resto lo ha puesto Dios. En cuanto al espíritu de servicio: poca cosa, muy lejos de lo que me hubiera gustado hacer. No he sido, por tanto, ningún santo. Solo he sido un simple pecador, pero que ha entendido que la santidad no consiste en la búsqueda de la perfección para no tener nunca de qué arrepentirse, sino, precisamente, en reconocer el vacío que el pecado causa en el alma y que solo puede llenar el amor infinito de Dios, en la medida que nosotros seamos capaces de abrirle nuestro corazón.

Entonces, al llegar a este punto, ¿cómo contemplo el futuro transcendente? Pues, confieso que con bastante inquietud y temor; tan pequeña es, a pesar de todo, mi fe y tan insignificante es el bagaje de actos de servicio que he llevado a cabo. De todas maneras, en mi interior, siento que Dios acepta mi inmensa pobreza y me acoge sin hacerme ningún reproche. ¿No es esto una razón para la esperanza?

-Por tu partida,
herida abierta
soy.

Mas, sin dudarlo,
en mí pervives
tú.

Besos sin tacto.
Y, al rojo vivo,
paz

de Amor, tu Dueño.
Que en mí es desa-
zón

y gozo fiero
por tanta cierta
luz.

(-Paz candente das)
A. S.

-Em cruix el buit
del teu traspàs
i no m'ho acabo.

I, altrament,
et visc present
sense dubtar-ne.

No et puc tocar.
Molt dins, però,
m'ets pau roent:

venint d'Enllà,
l'Amor que et té
em desficia;

brollant d'Ençà,
alhora em fa
patir alegria!

(-M'ets pau roent)
A. S.

♥ ♥ ♥

(De una noticia necrológica *In memoriam*)

Oh, Muerte ¿qué más da si en tu vaso, oculta,
tienes la mujer que estuvo a mi lado sin fin?
Todo mi corazón es para ella un jardín
en donde su sombra permanece, insepulta.

♥ ♥ ♥

EPÍLOGO

En esta ocasión parto realmente satisfecho por las muestras de esperanza que he podido constatar durante mi última estancia en este mundo. Regreso al paraíso con la confianza de ser admitido definitivamente y, además, convencido de que la humanidad será capaz de reaccionar a tiempo y alejarse del borde del abismo al cual está asomada. De todas formas, no será fácil.

He pasado de la perplejidad a la alegría, ciertamente. Pero no puedo negar que se trata de una alegría contenida, teniendo en cuenta que las futuras generaciones solo podrán subsistir para seguir haciendo camino, si la especie humana reconoce su fragilidad y es suficientemente humilde para pedir, y aceptar, la ayuda que le ofrece en todo momento el amor incondicional de Dios,

porque su gracia es un regalo que solo hay que abrir el corazón para acogerla.

He recibido testimonios de amor a la vida; de perdón y de agradecimiento; me ha admirado el espíritu de servicio de los voluntarios y el mérito de su trabajo. Me han conmovido ciertos actos de heroísmo, así como la existencia de «pequeños héroes», del todo imprescindibles. Finalmente, me ha emocionado que los humanos puedan recordar con tanta ternura los seres queridos que les han precedido en el regreso al Padre. ¡Dios quiera que, un día, nos podamos reencontrar allí todos juntos!

No dudes en divulgar el contenido de este libro, si crees que ello puede ayudar a alguien. También puede accederse gratuitamente a su texto a través del web www.imacxiom.com

Del mismo modo pueden obtenerse todos los libros publicados anteriormente dentro de esta colección:

- **Dios, ese desconocido** (Un testimonio de fe)
- **El más allá, ese desconocido** (El gozo de la esperanza)
- **La caridad, esa desconocida** (Eclosión de amor)
- **La paz, esa desconocida** (¿Una utopía?)
- **La Virgen María, esa desconocida** (Un intento de aproximación a la santidad de la Virgen María)
- **Dios en las pequeñas cosas** (A modo de juego para profundizar en la espiritualidad)
- **Cartas abiertas** (Pensamientos de un cristiano)

- **El sufrimiento, ese desconocido** (Reflexiones sobre las causas del dolor y propuestas para humanizar el trato con los enfermos)

- **La plegaria, esa desconocida** (Sugerencias de actitud para orar mejor)

- **El ángel perplejo** (Observaciones a la luz del Evangelio)